

CORRESPONDENCIA

CHINA

Usos y costumbres de los matrimonios chinos

Un Padre misionero de la Orden de Menores Observantes escribe la siguiente curiosa correspondencia:

El carácter chino es muy original, antagónico y porfiado; por esto es una idea generalmente aceptada que la raza china con dificultad abandonará

sus costumbres tan singulares. Podría decirse que el espíritu maligno la tiene como asida, poniendo una barrera entre la China y la civilización cristiana.

Sólo la oración, mortificación, celo y privación del misionero, unidos al sacrificio de la Víctima Santa, podrán triunfar, á nuestro juicio, de estos genios altivos, excepcionalmente separados de todos los demás pueblos.

Todas sus ceremonias de culto son ridículas y supersticiosas. Como ejemplo voy á referir los ritos que observan en sus contratos matrimoniales.

Casi siempre se concierta el matrimonio (especialmente entre paganos ó infieles) sin conocimiento de los novios. Además, en muchos de los casos, la tierna edad los hace incapaces de saber de qué se trata; el consejo de familia es quien forma la alianza de los pobres niños, aún ignorantes; descansan todavía en los brazos de la madre, cuando ambas familias acuerdan el enlace. La promesa ya está hecha: ahora poco importa que los niños vayan creciendo aunque sea con genio opuesto; ya están comprometidos, y cuando cumplan catorce ó quince años tendrán que ratificar y cumplir infaliblemente lo que sus padres mucho antes tenían convenido.

Cumplida esta edad (es en la que se acostumbra celebrar los matrimonios en China), los padres fijan el día del desposorio.

Año II.—N.º 47

Se prepara todo para la ceremonia nupcial de estos jóvenes, quienes, en muchos casos, nunca se han visto. Se invita á los parientes de ambas familias: la novia se prepara y debe sufrir una especie de martirio depilatorio ó de ataquía, que consiste en hacer caer el vello con ungüento compuesto de cal viva, aceite y otros ingredientes. Ni un ligero vello debe quedar en el rostro, pescuezo, antebrazo y manos. También le arrancan los cabellos de la alta frente para formársela más grande y elegante. A fin de consolarla en esta especie de martirio se le presenta toda clase de afeites, y se le permite enjalbegarse con albayalde, y disimular su amarillento color con los tintes más bellos.

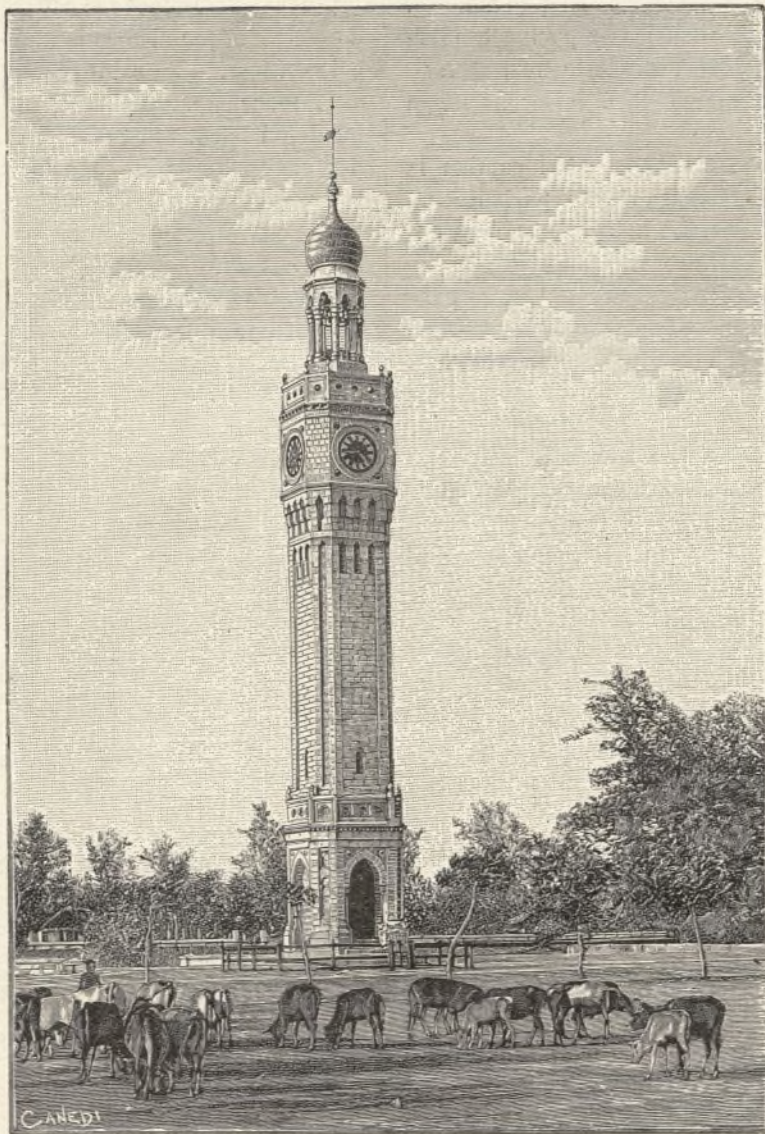
En general los chinos son desaseados; pero en esta circunstancia son otra cosa: nada se economiza, no se deja medio á fin de que la novia se arregle bien, y si con todo lo hecho no se presenta hermosa, no hay que culpar á las costumbres, ni adornos ó cuidados que se le han proporcionado.

Los hombres y mujeres, en la China, se visten exactamente de la misma manera; por eso los extranjeros tienen dificultad para distinguir á un joven de una niña. Usan el mismo vestido y el mismo pantalón, distinguiéndose un sexo de otro por la pequeñez del pié femenino. Empero, en el día del matrimonio, la novia se distingue del novio por una saya

colorada, purpurina y ricamente bordada, que cubre su pantalón, traje que no usan otro día.

Los trajes nupciales son muy lujosos en la China; y, aunque la forma es igual en todos, se distinguen en la elegancia y riqueza de los novios. La túnica es algo parecida á una blusa, abierta por delante y abrochada con cinco botones, ni más ni menos. Si acaso pusiesen cuatro ó seis, todas las doncellas chinas y todos los afeerrados á las modas antiguas protestarían de esta innovación con toda energía; llegarían quizá á apedrear á los novios, y hasta dudarían de la validez del matrimonio.

4 Diciembre 1894



CEYLÁN.— El reloj de la ciudad de Jaffna. (Pág. 539)

El color del traje de la novia es purpúreo, y el del novio está matizado de azul celeste y azul oscuro. Lleva el sombrero adornado con dos grandes plumas amarillas. Una banda de seda roja rodea su cuello, le cruza el pecho, da vuelta á la cintura y cae casi hasta el suelo. Las novias paganas llevan zapatos amarillos para guardar armonía con las plumas del mismo color que adornan el sombrero del novio; las novias cristianas llevan el calzado encarnado y verde.

Pasemos á las ceremonias del casamiento.

La víspera del matrimonio, á las oraciones, el futuro esposo visita á toda su parentela, acompañado de un hermano, y en su defecto, del pariente más inmediato. Los escoltan gran número de músicos y portaestandartes en que van pintados tigres, gatos, leones, etc.: es aquello una verdadera arca de Noé. El lujo consiste en pintar muchas bestias.

Otros llevan linternas venecianas, y así camina la comitiva. Cuando se avista la casa de un pariente, un comisionado anuncia la visita. La urbanidad obliga entre ellos que la familia salga á recibir al novio y le invite á entrar; inmediatamente que éste entra, se postra hasta el suelo: éste es el saludo acostumbrado. No formula ninguna invitación: esta visita se tiene por tal. Visitada así toda su parentela, vuelve á su casa, donde descansa y es festejado hasta muy tarde de la noche; y como los chinos son glotones, sacian su apetito con la comida opípara y abundante que se prepara para estas fiestas.

En la mañana del siguiente día el mismo acompañamiento se pone en marcha hacia la casa de la novia; como en la víspera, acompaña al novio un hermano ó pariente inmediato, quien va vestido tan elegantemente como él, á excepción de las plumas amarillas, adorno especial de la cabeza del novio.

Este tiene también otra distinción, y es que no va á pie, sino sentado. Al efecto se preparan anticipadamente dos sillas de manos, de color purpúreo para la novia, y azul para el novio, ambas matizadas al estilo chinesco. En el trayecto que separa la casa del novio de la de la novia, aquél ocupa la silla de ésta, y sobre la silla de él va extendido el traje completo de la novia, regalo obligado del novio.

Los acompañantes calculan exactamente la distancia para llegar á medio día justo, pues si se llegase minutos antes ó después, se tendría por infeliz y fatal el matrimonio.

Si la distancia es muy larga se camina apresuradamente; si está muy cerca la casa de la novia, van lentamente, á paso de tortuga, amenizando el trayecto con acordes musicales. En ambos casos se hace el mayor ruido posible para atraer las miradas del pueblo, que nunca deja de salir de casa para presenciar esta marcha triunfal.

Cuando la familia de la novia oye esta música atornadora, salen á tender en el camino alfombras, colchas, frazadas y otros objetos de valor, para que el novio no manche su traje en los ceremoniosos saludos que debe ejecutar con profundas postraciones que el ceremonial exige.

El número de estas salutations son seis: tres dirigidas al cielo, y tres á la tierra, que el novio hace á la

familia de la novia, que le sale al encuentro. Esta corresponde á los seis saludos con otras tantas postraciones, deseándole la bienvenida. Dos parientes de la novia, vestidos como el novio, á excepción de las plumas amarillas, lo introducen en la casa. En este momento los saludos y demostraciones de cariño entre ambas familias son innumerables. La novia aun no se deja ver: permanece todavía encerrada en su pieza, en donde sus amigas le arreglan el cabello y el traje ya descrito, que el novio acaba de traerle.

Mientras atavían á la novia, el novio y los convidados toman refrigerio y refrescos, y descansan del trayecto pomposamente recorrido. Alimentados todos, cuando calculan que el tocado de la novia está terminado, colocan la silla de ésta á la entrada de su aposento.

Entonces aparece ella, pero cubierta con un velo color de púrpura, tan tupido que no permite sea vista de nadie. Si la silla de manos está cerrada con los cristales, los cubren de suerte que ningún ojo indiscreto pueda ver á la novia, que es la heroína y mártir de la fiesta.

Mientras que ésta permanece encerrada en su silla purpurina, el novio se coloca ó lo suben en la azul. La comitiva emprende de nuevo el camino recorrido al son de la música.

Los parientes de la novia, que no han formado parte del acompañamiento, hacen el viaje en faetones arrastrados por mulas. Llegados todos á casa del novio ambas familias se hacen tantas reverencias cuantas puede inventar una cabeza china. Luego dos niñas lujosamente vestidas se acercan á la novia; una de ellas le entrega cierta cantidad de monedas que ellos llaman *sapeques*; la otra le ofrece una cajita que encierra un huso de hilar, pero envuelto en seda.

Acabada la ofrenda de los regalos, conducen á la novia, cubierta aún con el velo, á un aposento preparado especialmente para ella, en el cual queda sola como estaba en el de su casa. La costumbre, que no permite á la novia permanecer en público donde está su marido, lo exige así: en algunas provincias el marido tiene el derecho de presentar á su mujer; pero la lleva de un lazo del modo siguiente: con una larga cinta colorada rodean la cintura de la novia; el marido toma las puntas de aquella, y como arrastrando á la mujer tras sí, la presenta cubierta con el velo á los invitados, é inmediatamente la introduce en su departamento sin que nadie le viera el rostro.

Los que logran ver la pieza de la novia, pueden admirar, al rededor de ella, un cordón extendido semejante á los cordeles que extienden las lavanderas para secar la ropa: en este cordón hay colgados toda clase de vestidos de niños y niñas, pantalones, túnicas, etc.

Todo esto está destinado á la futura prole.

Encerrada la novia en su aposento, comienza la comida. Mientras comen los invitados, la novia, acompañada sólo de algunas amigas, no debe comer ni hablar. Estando ella como en penitencia, su esposo y los convidados se sientan sobre el kan ó poyo: llaman así á un catre chino trabajado de ladrillo y con arcos, para que en invierno se pueda calentar por debajo con braseros ó estufas; así no hay que temer el frío en la cama.

Instalado el novio en el primer asiento de la mesa,

le presentan una medida de semillas, pero bien llena. Esto es una expresión de las riquezas y felicidad que desean todos al nuevo matrimonio.

Es obligación del vecino más cercano y del que vive frente a la casa del novio presentar á éste la primera comida. Entre los manjares que se ofrecen á los novios es de rigor haya castañas y membrillos. Deben presentarse los platos en primer lugar á la novia; mas ella, apetézclos ó no, debe aparentemente despreciarlos y mandarlos intactos á su marido, que los come con gran apetito. Es creencia de los chinos que, si la novia comiera de los manjares que se le ofrecen en esta circunstancia, tendría tanta descendencia, que le sería imposible alimentarla.

Concluida la comida, todos los invitados beben á la salud del novio, quien manda el anillo á su esposa. Desde entonces ya puede ésta manifestarse á su esposo.

La mujer china tiene un privilegio de que carece la india: aquélla puede sentarse y comer en la misma mesa con su marido, mientras que ésta nunca debe comer con él, á quien respeta como á su señor, y á quien como tal debe servir, estando siempre parada, y contentarse con los restos de su comida.

En cambio la mujer china, favorecida en este punto, tiene una sujeción más grande que su vecina. En China, una mujer no debe salir nunca con su marido; sería faltar á las reglas sociales: debe acompañarla el cuñado, y jamás su marido. Por el contrario, la mujer india tiene libertad de andar por todas partes con su marido.

Los paganos nunca llevan sus esposas á los templos ó pagodas; los chinos cristianos van con ellas lo mismo que en Europa y en todas partes.

En ciertas provincias, cuando llega la novia á la casa del novio se le entregan unas cuantas libras de algodón; es el grano de mostaza que más tarde debe formar su fortuna personal.

Concluidas las fiestas del matrimonio, ella hila el algodón, y lo vende para poder comprar nuevo algodón y en mayor cantidad, y así el producto de su huso constituye con el tiempo su fortuna; una mujer china laboriosa puede juntar una fortuna para su ancianidad.

GOLFO DE GUINEA

Nuevos bienhechores de la Misión

El Rdo. P. Juan Serrallonga, Hijo del Inmaculado Corazón de María, el 21 de Agosto último desde Annobón escribe la siguiente carta, dirigida al personal de una fábrica de San Vicente de Torelló, que todos los meses contribuye con un donativo, cada cual según su posibilidad, para socorrer las Misiones de Fernando Poo:

Mi muy amado amigo Francisco y demás señores bienhechores: ¡Qué carta tan llena de agradecimientos y acciones de gracias habría de escribirles, ya que lo hago tan á la postre, aunque sin culpa mía! El barco ya había surcado los mares cuando leí, con muy grata sorpresa, la relación de su caridad emprendedora entre los nobles y generosos trabajadores y trabajadoras de ese distrito, cuyos preciosos frutos á favor de estos mis pobrecitos y desnudos negri-

tos, se anuncian con frecuencia en nuestra Revista religiosa *El Iris de paz...* Deseé entonces un ángel celestial que sirviera de mensajero y comunicara á Vds. los afectos de gratitud que sentía mi corazón, y le desearía ahora mismo para que, como portador de esta carta, atravesara los mares con la rapidez del pensamiento, y así concibieran una idea (aunque sólo fuera por la elevada dignidad del portador) de cuán agradecidos quedamos á todas las personas bienhechoras que, movidas por la caridad, se dignan favorecer con limosnas á estas necesitadas Misiones de Fernando Poo.

En medio de esta soledad, cada día se me aumenta más la fe y confianza en Dios Nuestro Señor y en nuestra querida Madre, María, al considerar que hasta á los mismos pobres trabajadores infunden tanta caridad que, en virtud de ella, llegan á desprenderse y ofrecer espontáneamente, cada mes, alguna partecita de su jornal, por el deseo que tienen de socorrer con sus limosnas á estos indígenas pobrecitos, muy pobrecitos de cosas temporales, pero fervorosos y muy fervorosos cristianos. Veo, muchas veces, tanta desnudez en estas personas, que, conmovido por no poder remediarlo, me voy á manifestar la necesidad y pedirlo á Jesús Sacramentado. ¡Y... cierto, muy cierto, que el buen Jesús atiende y cuida El mismo de tocar los corazones caritativos! ¡Cuánto gastamos con estos isleños! Todas las medicinas y arroz para los enfermos y gente inválida tienen que salir de la Misión. Es mucho lo que se gasta.

Los días de fiestas solemnes, cocinamos para todos los niños y niñas de las escuelas (por supuesto, cada sección en su respectiva escuela), una caldera de arroz con carne de cerdo, que nos cuesta cuatro brazas de *retort*. ¡¡¡Se lo comen!!!... Pero no, no se lo comen...; todavía sube de punto la admiración é infunde más compasión. ¡Pobrecitos! Lo guardan para sus padres y se lo comen juntos, con el fin de dar más realce á la fiesta.

Nosotros procuramos remediar estas necesidades del modo posible. Para ello comenzamos á hacer alguna plantación de tabaco; pero lo peor es que no hay tierra buena. Es esta isla de Annobón tan miserable, que me pone casi siempre en continua aflicción. Di una vez vuelta por la isla para ver si encontraba lugar para plantar, y... tuve que desistir de mi intento, al ver, con admiración, que en unos lugares escarpados y de grandes despeñaderos tenían sus miserabilísimos campos de *yuka* (que es el pan que comen). No pueden vestirse apenas; apenas pueden comer, y muchos padecen hambre. Y lo peor de todo y más compasivo, es el tener que presenciarlo sin poderlo remediar. ¡Qué lástima me dan algunos cuando los veo perecer en la enfermedad á consecuencia de la miseria!

Animense y esfuércense mutuamente, mis queridos bienhechores, y cuenten Vds. siempre con las oraciones de este pobrecito misionero, con las de todo el personal de esta pobrecita Misión y con las de todos estos buenos cristianos. No tenemos más para dar en recompensa de la gran caridad que nos hacen, que un corazón agradecido. En verdad que podremos llamar á todos los bienhechores nuestro paño de lágrimas, porque nos las enjugan en nuestros aprietos. Son nuestro báculo, nuestro consuelo y nuestro padre. Pero, todavía

más, no sólo lo son nuestro, sino que también de Jesucristo. El mismo dijo: «Cuanto hicisteis á uno de mis pequeñitos, á Mí lo hicisteis.» Cuando vestiais al desnudo, cuando dabais de comer al hambriento, cuando... lo tomaba como cosa propia: «á Mí lo hacíais,» nos dirá Jesucristo. ¡Hay que desear cosa más grande!!!...

Si les dan á Vds. alguna pieza de ropa, sea grande ó pequeña (aunque les parezca que no se puede aprovechar), no la desprecien, por Dios; recójanla Vds., pónganla dentro de algún saco y llévenla á Vich (á la Casa-Misión) y digan expresamente que es para Annobón (1). Hasta pueden recoger *los passols de las pessas: que per cosí la roba irá molt rebé* (2). Cuando digo á las mujeres que cosan la ropa, me contestan: *M'am sucu 'guyaf, m'am sucu ojosef pa josef*; no tengo aguja ni hilo para coser. Les pregunto: ¿Tenéis hambre? ¿*Yacu á matá vo?* Y responden: *Achá.* ¡Ya lo creo! y miseria también.

AMÉRICA MERIDIONAL

Misiones entre los indios de Colombia.— Una fiesta religiosa.— Degradación de los infieles

El Rdo. P. Fr. Marcos Bartolomé, agustino recoleto, dando cuenta á otro Padre del fruto de sus trabajos, dice así:

BENDITO sea Dios! Sí, bendito sea. Nuestros deseos vehementes de hacer algo en honra y gloria suya y bien de la República Colombiana se han realizado, si no de una manera completa, á lo menos llenando nuestro espíritu de la más grata satisfacción.

Luego hará tres años que por primera vez pisamos este suelo casanareño, teatro de las más gloriosas proezas, así de nuestros hermanos como de los Padres misioneros de la ínclita Compañía de Jesús, animados de grandes esperanzas de conquistar almas para el Crucificado: tan pronto como nos avistamos con la tribu sáliba que, capitaneada por D. José Cabearte, subió de las majestuosas márgenes del Orinoco á fundar el antiguo pueblo de Macuco, le manifestamos nuestro pensamiento de crear un pueblo en donde, reunidos todos, oyesen nuestra predicación evangélica.

Con verdadera efusión de nuestras almas y alegría de nuestros corazones, acogieron todos los sálibas nuestro proyecto: empero, ya porque las potestades del infierno pusieron en juego todos sus ardides para disuadirlos de tan plausible resolución, y ya por lo apático del carácter de los mismos y por la cortedad de sus alcances, nuestras esperanzas y deseos no se realizaron antes como nosotros anhelábamos. Hoy, pues, como al principio le indiqué, después de vencidos obstáculos insuperables, hemos logrado recoger algún fruto como primicias de más abundante cosecha.

Aproximándose la festividad del glorioso arcángel San Miguel, y deseando la tribu sáliba celebrarla en el pueblo que ahora dos años y medio le demarcamos en

(1) Las personas caritativas que deseen favorecer á los pobres negros pueden también remitir sus ofrendas: en Madrid, Colegiata, 7, 2.º; en Bilbao, Padres Misioneros, calle de San Francisco, 16, y en Barcelona, calle Alta de San Pedro, 43, 3.º

(2) Hilos de pezueros de las piezas de lienzo, que para coser la ropa irá muy bien. (Los señores á quienes se dirige, son fabricantes de tejidos).

la sábana de San Juanito, ora por haber construido ya siete casas y la iglesia, ora con el fin de estimular á los que han venido demostrándose más reacios, nos envió el teniente que los dirige una Comisión compuesta de cuatro indios para que subiéramos, y de ese modo realizar los buenos deseos que abrigaban los corazones de la mayoría de los sálibas.

No podrá figurarse, Padre, cuán grande fué el gozo que embargó á nuestras almas en los momentos de comunicarnos semejante nueva, sobre todo si tiene presente que en todo el tiempo que llevamos por aquí no hemos observado en estos infelices y desgraciados hermanos nuestros sino ingratitud, hija de su embrutecimiento y barbarie, en tanto grado, que jamás los hemos visto practicar el más insignificante acto de Religión.

Como nuestro objeto principal en Casanare es catequizar y reducir á vida civilizada á todos los indios regados por estas inmensas sábanas, no vacilamos un instante en atender á la súplica de la mencionada Comisión. A fin de celebrar la próxima festividad con la mayor pompa y esplendor posible, me vi precisado á subir á Orocué para trasladar las imágenes de Nuestra Señora de la Candelaria y San Miguel, y las campanas, por carecer todavía la nueva Misión, sobre todo porque los sálibas nos las reclamaban continuamente, apoyándose en que las vienen poseyendo desde tiempos inmemoriales, como pequeños restos de las antiquísimas y nunca bastante loadas Misiones de Macuco, Guanapalo y Caffi. Antes de poner en práctica mi resolución, me figuraba que los habitantes todos de Orocué harían fuerte oposición, empero, gracias á Dios Nuestro Señor, todo se hizo en paz y armonía.

Una vez que hice colocar las venerandas Imágenes en una embarcación, ordené á los marineros las llevaran con sumo cuidado, partiendo yo á caballo con dirección al nuevo pueblecito á fin de conducir las procesionalmente desde el puerto á la iglesia.

Las siete de la noche eran cuando arribó al puerto la embarcación, y lo primero que hicimos fué colocar las campanas, que con sus sonos convocaban á los indios á que acudieron gozosos. Formados en dos filas y con velas encendidas en las manos, nos dirigimos al puerto, y nuestro primer saludo á la Madre de Dios y nuestra fué un himno entusiasta, composición viva y animada del Rdo. P. Juan Criones, agustino recoleto. *In continenti* fuimos á la iglesia, llevando en glorioso triunfo á la Emperatriz de los cielos y tierra, y al invencible paladín, arcángel San Miguel.

Colocadas las santas Imágenes en los lugares preparados en la iglesia, recé el Santísimo Rosario después de haber tocado unas piezas de música y haber cantado el famoso himno: «¡Gloria á la Virgen pura!» dirigí unas breves palabras á la concurrencia, explicando quiénes son los seres privilegiados que las santas Imágenes representan y el amor especialísimo que se les debe.

Al día siguiente, como á los ocho de la noche, llegaron los alféreces con dos canoas de guarapo, el cual no siendo más que agua y dulce en fermentación, por el exceso con que beben les priva del uso de las facultades. Como la fiesta desde ahora más que religiosa es puramente bacanal, voy á dar á V. R. algunas noticias curiosas, aunque distrayéndome del objeto principal.

Un mes completo emplean en hacer el guarapo, y durante ese trabajo no duermen ni dejan dormir á los que tienen por vecinos, á causa del ruido infernal que producen con los tambores y botutos. Compónense éstos de una guadua de vara y media de longitud, y en su interior lleva colocada una cañita delgada con su lengüita. Preparado el guarapo lo traen al pueblo en canoas, y cubiertas éstas con barro, sin detención parten á fabricar la *catibia*, que no es otra cosa que yuca rallada y exprimida.

Con los dos elementos dichos, que tanto alegran los corazones, la noche de la antevíspera, después de haber hecho una entrada muy aparatosa, la pasan bebiendo y bailando. Lo particular es que bailan á la intempe-

Por la noche visitan al Padre y al teniente, y los alféreces lo hacen mutuamente. Es mucha la cantidad de guarapo que en tales visitas consumen, resultando que todos se ponen beodos. ¡Pobres gentes!

Volviendo á nuestro asunto, le diré que el 28 á las seis y media de la tarde cantamos Vísperas, pues llegó ayer el Rdo. P. Manuel, de Barranco Pelado, habiendo tenido un recibimiento cariñoso, y siendo acompañado desde el puerto hasta nuestra casa al son de tambores y carrizos, y en medio de los más entusiastas y atronadores vivas. Terminadas las Vísperas, bendijo el mencionado Padre solemnemente una cruz grande que colocamos en mitad de la plaza, en señal y testimonio de que los habitantes de este nuevo pueblo mili-



CEYLÁN.—Procesión de elefantes en una fiesta buddista. (Pág. 539)

rie, y al día siguiente en medio de la sábana recibiendo sus cabezas los rayos abrasadores del sol.

A las doce del 27, formando parejas y llevando sobre los hombros tres pencas sacadas del cogollo de la palma real, vienen bailando á la leña que ha de servir para hacer el cazabe de la *catibia*, y después de dar unas vueltas en los cuatro cantones de la plaza y haber entrado en la iglesia, se dirigen á las casas de los alféreces, en donde toman repetidos tragos de guarapo.

Una cosa parecida hacen al siguiente día, con la particularidad que ya no tocan *botuto* sino *carriso*, que se compone de siete cañitas delgadas, de dimensiones tan proporcionadas, que producen los sonidos de la gama con todo rigor.

tan todos bajo las banderas del Crucificado; á continuación predicó, demostrando sencillamente la significación de la santa cruz y su poderosa virtud para vencer á todos nuestros enemigos. Ultimamente, y como conclusión, cantamos una *Salve* á María Santísima y los versos tan populares al Corazón de Jesús: *Corazón Santo*, etc.

El día 29, á las ocho y media de la mañana, dimos principio á la Misa, que celebró el P. Manuel, y en la que prediqué yo, tomando por texto las palabras del libro I de los Macabeos: *Ecce contriti sunt*, etc., demostrando los inmensos bienes que reportaron los sálidas con la fundación de su pueblo. Acabada la Santa Misa y dadas gracias por el reverendo Padre, los alcaldes, capitanes y el señor teniente nos acompañaron

hasta nuestra residencia. Tan pronto como entramos en nuestro caney, se presentaron todos los alféreces, á quienes seguían los músicos y unas veinte indias que traían caprichosos platos llenos de viandas exquisitas. Descortesemente aparecieron no aceptándoselas, así que mientras ellas bailaron unas piezas en todos conceptos inocentísimas, comimos nosotros parte de lo regalado; como señal de nuestra gratitud dimos á todos una estampa y una medalla.

A las seis y media de la tarde, como coronación de la fiesta religiosa, hicimos una grave y recogida procesión al rededor de la plaza, llevando todos velas encendidas; á continuación les dije brevísimas palabras, exhortándolos á que no desmayaran en vista de la ardua y difícil empresa que en honra y gloria de Dios, y bien de la República Colombiana, habíamos comenzado.

Réstame ahora manifestarle que estos indios, que por lo dicho serán tal vez por algunos poco reflexivos, considerados ya civilizados y verdaderos cristianos, se encuentran en un estado verdaderamente triste y digno de lástima. Han recibido, es verdad, las saludables aguas del Bautismo: empero, la ignorancia que tienen de los deberes de un ciudadano, y sobre todo de un fiel cristiano, es idéntica á la que tienen los guahibos, de vida enteramente animal y costumbres completamente corrompidas. Quién, pues, al tener conocimiento de esto no exclamará lleno de compasión: ¡Pobre gente!... Sí, pobre gente, repito yo, y más pobre que aquellos cristianos cuya enfermedad es no más que corporal. Si, pues, para los males que al cuerpo atacan hay un cuartillo en la bolsa de las almas piadosas y caritativas, ¿no ha de haber otro cuartillo siquiera para sanar las heridas llagas que causó en las infelices almas de estos seres el pecado?

Es preciso desengañarse, no hay que hacerse ilusiones: la reducción de los indios no es obra de un día, ni con estar nosotros entre ellos ya están civilizados y verdaderos cristianos; no, es obra de muchos años y que necesita una cooperación positiva, tanto del Gobierno como de aquellas personas que se precian de caritativas. Nosotros, bien lo sabe V. R., resueltos estamos por nuestra parte á consumir nuestra juventud y esperar la vejez en medio de ellos; mas para que nuestro sacrificio produzca fruto copioso, necesaria nos es, repito, la cooperación del Gobierno y de los particulares.

CHILE

Civilización araucana

El Rdo. P. Fr. Bernardo Subiabre, M. O., escribe desde Angol con fecha de Junio de 1894:

RÁPIDOS progresos de día en día se notan en la civilización de la mujer araucana, por los continuos desvelos y mil sacrificios que se imponen nuestras Hermanas Terciarias de Angol. Y no dudo que, si esta obra, tan laudable como grata á Dios, es socorrida por personas piadosas y caritativas, muy

pronto veremos coronados los esfuerzos perseverantes de las abnegadas hijas del Pobre de Asís, colocando á la mujer araucana al nivel de las demás mujeres cristianas.

Ahora bien, si la civilización de la mujer indígena reclama nuestras preferentes atenciones, no es menor, por cierto, el deber que nos impone la civilización del varón indígena, como lo hemos visto practicado, hasta hoy, por centenares de abnegados sacerdotes, que anhelantes han sacrificado la tranquilidad del claustro, por buscar la oveja perdida, viviendo en continuos azares y en humildes cabañas...

Hoy, pues, me propongo manifestar que el varón indígena no rehusa recibir las luces de la fe, y aspira como el que más á desarrollar su inteligencia al par de los demás hombres de los pueblos civilizados, como lo vamos á ver en el caso siguiente, entre los muchos que ocurren con frecuencia en nuestras casas misionales.

El 5 de Marzo del año en curso llamó á la portería de la Misión un mapuche, manifestando con gestos y señales querer pasar adelante. Como no hablara el castellano, se dió aviso al reverendo Padre Prefecto para que se entendiese con este pobrecito.

Muy luego supimos por el Superior que Juan Meliqueo venía de la Reducción del cacique Quinthe, cuyo lugarejo dista unas dos leguas del pueblo de Cholchol, y no menos de treinta y ocho de esta ciudad. El objeto que lo traía á esta Misión, era hacerse cristiano y aprender á leer y escribir, por cuanto unos mapuches de su Reducción le dijeron que el Padre misionero de Cholchol, andando en las Correrías, les había ordenado mandaran sus hijos á la prefectura de Angol, en donde los Padres Franciscanos tienen una escuela para los mapuches, los visten y alimentan gratuitamente.

Una relación tan franca y espontánea, hecha por este sencillo y humilde araucano, no pudo menos de convencernos de la sinceridad de sus palabras. Es de un talle bien formado, alto y robusto; y, aunque es de pura raza araucana, tiene la tez casi blanca, frente despejada, ojos azules y grandes, nariz delgada y bien formada, boca proporcionada y labios delgados; su semblante revela un carácter noble y apacible, á la vez que modesto. Con estos antecedentes y bellas disposiciones, fué admitido al patio de los mapuches internos. Su conducta es hoy intachable, sirviendo de modelo á sus demás condiscípulos: cuenta á la fecha veinte años de edad.

Pronto empezó nuestro Juan á prepararse para recibir el santo Bautismo, juntamente con otros cuatro que también se preparaban con el mismo fin.

Instruidos, pues, convenientemente nuestros indios, se designó el día de Pentecostés para admitirlos al gremio de la Iglesia con toda la solemnidad que fuese posible. Así se efectuó el día indicado, recibiendo nuestros neófitos el sacramento del Bautismo de manos del reverendo Padre Prefecto, con singulares muestras de espiritual regocijo, derramando copiosas lágrimas por el señalado favor que el Señor les dispensaba, haciéndolos herederos del reino de los cielos, en esos preciosos instantes, cuyos recuerdos quedarán grabados en sus corazones por todo el resto de la vida.

La piedad de Juan y demás compañeros no se conformó con aprender solamente los rudimentos de la fe, no: pasó más adelante en el aprendizaje de los misterios de la Religión, y no descansó hasta encontrarse en aptitud de hacer su primera Comunión.

Para este acto solemne, que debía tener lugar el 14 de Julio, día del Seráfico Doctor San Buenaventura, titular de esta iglesia misional de Angol, uno de los Padres misioneros venía preparando con bastante anticipación, además de los cinco antedichos, á otros siete mapuches de los veintitrés internos de la Misión, y á veinte chilenos de los setenta alumnos externos matriculados en nuestra escuela, todos de primera Comunión, y á once más que ya habían tenido la dicha de participar de la Mesa eucarística.

Llegado, pues, el momento de dar principio á la ceremonia religiosa, veíase á estos tiernos niños con la mayor piedad y compostura cubrir todo el presbiterio en forma de semicírculo, haciendo las veces de Angeles, con velas en las manos, flores y cintas blancas, llenos de júbilo y alegría indecibles, manifestados en aquellas afectuosas lágrimas que espontáneamente brotaban de sus candorosos ojos, especialmente en los momentos que el Padre Prefecto les hablaba sobre el significado de este acto tan sublime, y el incomparable don que iba á depositar en sus infantiles pechos... ¡Oh! ¡con qué fe los veíamos dirigir sus fervientes plegarias al cielo por la conversión de los infelices araucanos, que aun se hallan en medio de la obscuridad! ¡Con qué ternura repetían las preces por la felicidad de sus queridos padres, por su patria y demás fines de la Iglesia! ¡Ojalá el Señor misericordioso, atienda benigno las súplicas de estas palomas inocentes!

Todo contribuyó á dar mayor solemnidad á este acto, tan digno de la Majestad Divina: el templo arreglado con exquisito gusto; el panegírico pronunciado por el Padre Prefecto no dejó que desear; la banda de músicos del escuadrón N.º 1 de caballería, que el señor Intendente se dignó mandar tan oportunamente, tocó piezas escogidas. La Misa tocada á armonium y dirigida por la distinguida Sra. Auristela F., viuda de Duvansed, fué cantada por las indiecitas que educan las Hermanas Terciarias, con sentimiento y buen gusto.

A las cuatro de la tarde del mismo día, en medio de un regocijo general, tanto de los asistentes como de los recién comulgados, se hizo la tierna y conmovedora ceremonia de la renovación de los votos del santo Bautismo.

Así terminó esta fiesta religiosa, dejando en nuestros ánimos gratos recuerdos, que se perpetuarán por largos años en el corazón de todos aquellos que tuvieron la suerte de asistir á ella.

Antes de terminar, quiero recordar á las personas favorecidas por la Providencia en bienes de fortuna, que se hacen un deber en favorecer los trabajos apostólicos de las Hermanas Terciarias y de los Misioneros franciscanos, que no omiten sacrificio alguno por la civilización de los indígenas. Una sola alma que se salve por su cooperación, les valdrá tanto y aun más que á la viuda del Evangelio, quien dió todo lo que poseía.

FILIPINAS

Los mayoyaos y la raza ifúgao

V

Los estribaciones que, arrancando del Amuyao, corren casi paralelas hasta confundirse con el indescriptible laberinto de montañas que forman el cuerpo de la cordillera central, dejan entre sí un barranco profundo, largo y estrecho, de escabrosa pendiente tanto á ambos lados de su longitud como en dirección al punto de arranque donde tiene su origen. Este barranco es el Mayoyao. En él están las sementeras de arroz; y entre las sementeras las casas diseminadas acá y acullá, cada una en su fundo propio, sin constituir núcleo alguno que llame la atención. A lo largo del barranco, un arroyo corre precipitado, mejor dicho, baja saltando entre peñascos tremendos de constitución granítica, aumentando el caudal de sus aguas con otros de menos importancia que descienden de las vertientes laterales, arroyo que forma el nervio principal de aquel territorio; y cuyas aguas, repartidas con admirable precisión y ciclópeos trabajos, difunden el verdor perpetuo y la abundancia por todos aquellos sembrados.

Acostumbrados á ver al indio cristiano del campo, falto de energía, sobrado de flojedad, imprevisor y negligente hasta en las cosas más necesarias para la vida, sorprende y sobran motivos para meditar al hallarse frente á frente con aquella realidad del Moyoyao. Imposible parece que un puñado de individuos pertenecientes á la raza malaya, abandonados á su propia iniciativa y omnimoda libertad, hayan emprendido y terminado trabajos tan colosales. Y es que allí el que no trabaja no comé, y tiene que morir ó emigrar ante el abandono y la rechifla de todos sus vecinos: allí no puede robar, porque en ello le va la cabeza irremisiblemente; ni hay quien le dé prestado, si no es á condición de quedar esclavo por toda la vida, y exponerse á ser vendido y sacrificado cuando á su dueño y señor le venga en talante. Pasman, repito, aquellas obras propias de romanos, donde nada hay que no se haya hecho artificialmente y con ímprobos trabajos por espacio de muchas generaciones. Una serie de muros de piedras, sobrepuestas hasta la altura de seis ú ocho metros, arrancadas del fondo del arroyo y hechas saltar en pedazos por medio del fuego, sirve para contener pequeñas fajas de tierra, largas y angostas por lo regular, cuya área varía entre seis y cuarenta metros cuadrados, fajas perfectamente niveladas para que el agua de regadío se distribuya por igual. A la altura de los primeros muros arrancan otros en iguales condiciones y con idénticos fines; y más arriba otros, y otros, sin solución de continuidad en una extensión aproximada de ocho kilómetros de longitud por uno de latitud media en línea recta horizontal. Estos muros son los *pilápiles* del Mayoyao, de un palmo de anchura en su parte superior; por ellos se anda y se recorre todo el territorio habitado y puesto en cultivo; y para subir y bajar hay piedras salientes, hábilmente colocadas, que sirven de escalones, buenos para ejercitar el cuerpo y moler todos los miembros.

Para caminar sobre el borde de aquellos precipicio



CEYLÁN. — Cascada de Rambodde, cerca de Colombo. (Pág. 539)

el calzado es inconveniente en extremo, porque se resbala con facilidad y estorba casi siempre para moverse con desembarazo. No menos peligroso resultó el pantalón y cuanto embarazar pueda los movimientos rápidos de las extremidades inferiores: subiendo por aquellos peldaños no hay costura que resista, ni tela que muchas veces no se haga girones. Sólo allí se comprende la sabiduría práctica de aquellos salvajes, menospreciando ciertas prendas de vestir que, á más de inútiles, resultan allí peligrosas: el *bajaque* es el chisme indispensable á todo el que tenga que andar por el Mayoyao... y por otras partes también. Pero no basta eso: preciso es tener la vista muy firme, y calcular bien donde se ponen los piés cuando por allí se camina; porque la menor distracción, una pulgada más ó menos, puede cos-

tarle á uno la rotura de todos los huesos ó deshacerse el cráneo. Nada hay de exagerado en cuanto escrito queda: débil é imperfecto es todo lo dicho ante la realidad allí palpable.

Hay otras circunstancias no menos agravantes que hacen en el Mayoyao la vida sumamente difícil y penosa. En todos aquellos alrededores, y á más de medio día de camino, apenas se ve un árbol ni arbusto alguno leñoso que pueda utilizarse para el fuego: hasta la caña, en cualquiera de sus variedades, que tanto abunda por todas partes, y que constituye en los pueblos filipinos un recurso necesario, dista de aquel territorio dos días largos de contar (1). Para calentarse y cocer la comida sírvense del carrizo, que no abunda mucho tampoco. Cómo ha desaparecido el arbolado en aquellas montañas y en extensiones tan considerables, fácil es comprenderlo por lo que antes queda dicho; y más se comprenderá si se tiene en cuenta la cantidad enorme de leña que han debido gastar en deshacer las piedras para los usos indicados, y el sistema inveterado de sembrar el *camote* donde la vegetación se muestra exuberante, hasta que la tierra queda estéril por completo. Si en todo lugar es la leña un recurso de primera necesidad, ésta se deja sentir con mayor fuerza en el Mayoyao, rodeado por sus cuatro costados de montañas altísimas, donde la humedad no desaparece nunca, ni los vientos corren con libertad, y el frío debe ser intenso en me-

ses determinados del año, puesto que á mediados de Marzo todo abrigo me pareció poco para conciliar el sueño durante la noche.

Otro grave inconveniente que allí se ofrece es no poder contar, para alimentarse, con más animales domésticos que la gallina y el cerdo; y esto en muy corto número. Sabido es que los *ifúgaos* tienen estos animales exclusivamente para servirse de ellos en sus supersticiones casi diarias, y en las grandes comilonas para celebrar cualquier suceso importante sea próspero ó adverso; y de ahí la escasez y el valor consiguiente de dichos animales. La mayor parte procede de los pueblos cristianos á cambio de trabajo ó de arroz, porque

(1) Para hacerme una casita provisional tuvieron que ir á buscar las cañas cerca de Orcáriz.

el Mayoyao no da tantos como se consumen; y aun suponiendo destruidas las supersticiones é interesados los naturales en criarlos para la venta, creo que el misionero se vería con bastante frecuencia privado de alimento por más que lo pagase á peso de oro. En aquellas vertientes de 45° de inclinación mínima, sólo pueden vivir y prosperar las cabras, si acaso, pues careciendo los sembrados de cercos y toda clase de resguardos, superarían los daños á los beneficios. No hay por allí rastro alguno de caza ni de pesca, como se ha indicado ya; ni sitio, por más que lo busqué con mucho interés, donde poder colocar vacas, carabaos ó una docena siquiera de ovejas.

Pobrísimos en demasía me pareció y es aquel ingrato suelo. Imposible de todo punto formar allí un pueblo de carácter permanente que responda á las necesidades más imperiosas de una sociedad ordenada, por primitiva y rudimentaria que se suponga. La emigración de aquellos naturales se impone necesariamente en ley social, en ley civil, en ley religiosa y hasta en ley de naturaleza: tarde ó temprano se efectuará, según sea menor ó mayor el interés de los gobernantes en favor de tanto desgraciado. Crueldad é injusticia, que constituyen horrendo crimen, es defender lo contrario, y trabajar para que los *mayoyaos*, los *bungianes* y otras tribus que se encuentren en las mismas ó peores condiciones, sigan indefinidamente privados de los beneficios sociales de que hoy carecen, y de que carecerán siempre en sus actuales montañas. A pesar de tanta ausencia de recursos y de dificultad tanta, aun se resisten algunos á creer insuperables aquellos obstáculos que la

naturaleza y otras causas oponen á la redención social y cristiana de toda una raza. Y dícese de toda una raza, porque no se exceptúan aquí los *bungianes*, ni los *silipanes*, ni la inmensa mayoría, por no decir la totalidad, de los *quianganés*.

Creando, han dicho algunos, en aquel país elementos de vida; repoblando aquellos montes de especies arbóreas, á la sombra de los cuales se vean fructificar el café y el cacao; y abriendo luego vías de comunicación, allanando aquellos picachos cuyas crestas tocan al cielo, el problema queda resuelto de facilísima manera. Ciertamente y evidente á todas luces: hágase ese milagro; cámbiase la orografía de aquel territorio, y todo lo demás es cuestión resuelta. Pero mientras esto no suceda, séame lícito abogar por los fueros de la razón, y decir en alta voz, aunque se pierda en el vacío, que los *mayoyaos* y sus afines serán siempre desgraciados moral y materialmente, en tanto no se les arranque del centro de las montañas en que viven. Ellos en verdad no lo desean; cónstame por experiencia propia, y por los ensayos que inútilmente se han hecho por conseguirlo: pero es porque no ven más horizonte que unas cuantas varas cuadradas de espacio sobre su cabeza. Y el hombre, sin distinción de razas ni de sangre, se crió para traspasar con su mirada los límites del universo, buscando más allá el centro de sus esperanzas y de sus providenciales destinos.

Infiérense de lo dicho dos, á cual más tristes, verdades: que si existen obstáculos gravísimos para que un misionero pueda tener su residencia fija entre esta gente, sin expenderse á diario á perder la salud é inutili-



AFRICA ORIENTAL.— En el bosque de Kahé. (Pág. 545)

zarse para siempre, son mayores todavía los que se presentan para civilizarla y atender á su cristianización desde el llano. Son tres días más de largas y penosísimas jornadas en los meses más favorables del año, Febrero, Marzo y Abril; porque en los restantes, ó el viaje es imposible ó se hace interminable; ya por el sofocante calor, ya por las tormentas casi diarias que por allí descargan, ya también por las lluvias torrenciales que forman de cada arroyuelo un valladar, y un despeñadero de cada pendiente resbaladiza: y luego al fin de la jornada, al llegar á las rancherías, ya se sabe lo que al misionero le espera. Requiere por lo tanto una naturaleza robusta, salud de hierro á toda prueba, agilidad de cuerpo, y miembros bien expeditos; y aun así, con todas estas cualidades excepcionales, y otras de primera importancia, si bien de distinto orden, la vida y la salud de esos hombres de Dios estarán expuestas á tantos quebrantos cuantos son los cansancios, las privaciones, las intemperies y mil contrariedades más que tienen que sufrir necesariamente. Que en Europa no se puede calcular, ni siquiera en Manila se sabe bien, cuánto minan la existencia humana todas esas cosas que son el pan cotidiano y el ordinario alimento del misionero filipino. El pasado responde del porvenir; y si las condiciones geográficas y climatológicas de entonces son las mismas que ahora, racional es concluir por convencerse de las dificultades magnas, casi insuperables, que entraña el problema de evangelizar estas tribus en sus mismos territorios.

No tiene ni tendrá nunca la Corporación personal bastante en sus colegios y conventos para cubrir sólo estas atenciones, si hubiera que poner (como de hecho sería necesario) un misionero en cada barranco, en cada montaña, en cada vertiente, para evangelizar tanta ranchería diseminada, sostenerlas después en la fe que fueran recibiendo, y administrarlas en sus necesidades espirituales y cristianas obligaciones. Porque lo uno lógicamente lleva tras de sí lo otro: si aquellas tribus reciben el bautismo, queda el deber ineludible de no abandonarlas jamás. Y no se diga que pueden agruparse en puntos determinados, más ó menos numerosos, donde con relativa facilidad sea hacedero á unos y á otros, misioneros y feligreses, cumplir con sus respectivos deberes; porque es desconocer la topografía peculiar de aquellos territorios. En muchas partes el terreno no lo admite; pero aunque en todas se lograra conseguir venciendo obstáculos y resistencia, sería un grano de arena aprontado al bienestar racional y estable de tales agrupaciones.

¿Quiere esto decir que el problema es insoluble, y que hay que aplicar á los *ifugaos* la fatídica frase de los condenados de Dante? En manera alguna. Tanto valdría haber renegado de las tradiciones patrias, arrojar al fuego con propia mano la historia de las *Misiones de Cagayán*, brillante en heroísmos, y tirar por la ventana las leyes fundamentales que fueron y son el alma de nuestro ser y de nuestro organismo en Filipinas. ¿Qué hacer, pues? Veámoslo.

Conviene recordar que hace cerca de medio siglo se impuso un real fuerte, como reconocimiento de vasallaje, á los *varones cabezas de familia* de casi todas las

rancherías remontadas é infieles que había entonces y existen hoy en las tres provincias de Cagayán. Allí donde, como en Isabela, las Autoridades se tomaron interés para que no desapareciera esta sombra de tributo, vino cobrando con mayor ó menor exactitud hasta la creación de las nuevas Comandancias militares (1) en los años 1889-91; pero donde no hubo ese interés, ó donde los remontados se llamaron otra vez independientes, desapareció el referido reconocimiento. En aquella época, si entraba en los planes del Gobierno someter los remontados á vida social y política, hubo que contentarse con la pacífica acción de los Padres misioneros; porque el ejército de Filipinas tenía que desempeñar sus altos deberes castigando la insolencia mahometana de las islas del Sur, é imponiendo con las armas la dominación española en aquellos mares y costas de siniestro recuerdo y de tristísima historia. Con estas razas del Norte de Luzón no se pudo hacer más de lo que se hizo. Los misioneros, á impulsos de su doble carácter, trabajando con constancia, siguieron su labor cristiana y patriótica; y uno tras otro iban sucumbiendo en la flor de su edad, víctimas de las privaciones sin medida que minaban su existencia, cuando no á manos impías de los mismos salvajes.

Pero estaba visto que el misionero por sí solo no podía cambiar la naturaleza rebelde de estos salvajes, libres como los vientos, mimados y respetados cual si fueran descendientes de los dioses del Olimpo. De reducirse ó hacerse cristianos, el instinto, que no la reflexión meditada de que son incapaces, les ponía delante las cargas, tributos y demás exacciones á que se habían de sujetar, si no ellos, sus descendientes. De aquí el que la palabra y los trabajos del misionero, y los enormes gastos de la Corporación, y los auxilios pecuniarios que daba el Gobierno, se perdieron en el vacío sin resultado alguno. Con pagar mal ó bien un real fuerte al año los que quisieran pagarlo (porque en los últimos veinticinco años ésta era la verdadera norma de la recaudación); con tratar medianamente á los misioneros mientras los tuvieron entre sí; con presentarse por los pueblos, como gente sumisa y tratable, en busca de trabajo ó de quien les comprase y cambiase sus artículos de comercio, echando la culpa de los asesinatos y robos que cometían á otras tribus enemigas, ya estaban á cubierto de las contribuciones y gabelas que pesaban sobre los cristianos. Evidentemente tal estado de cosas no podía continuar así, por absurdo, injusto y altamente impolítico. Dábase motivo para que, en vez de reducirse lo infieles de los montes, se fueran remontando los cristianos antiguos de los valles, y de hecho se remontaron no pocos (2); pues así se libraban de que nadie los molestase; y los que se sostenían en la sumisión y la obediencia quedábanse murmurando de... todo lo más sagrado é inviolable que hay sobre la tierra.

Pero si de entonces acá hubimos de deplorar en silencio esta situación anormal y violenta, si obligados por no poder más, á transigir con la iniquidad de que los cristianos, en el mero hecho de serlo, pagasen con-

(1) Quiangán, Itaves, Apayaos, Binatangán y Cayapa.

(2) Y aún siguen remontados. Casi todos los pueblos de Isabela pueden contar algo de esto.

tribuciones relativamente crecidas, mientras los infieles, en cuanto tales, eran tratados con extraordinaria é inaudita consideración, hoy día que la fuerza armada domina sus territorios, es ya tiempo de que se piense en serio ir acomodando á sus moradores á las condiciones generales de los demás, que se sujeten á la ley común y desaparezcan paulatinamente, pero en breve plazo, esos irritantes privilegios de que han venido gozando hasta la fecha. Esta exención de tributos, esta libertad irracional en que viven han sido y son la única verdadera rémora para atraer al Cristianismo las razas infieles que pueblan las montañas de Luzón. Véase la correspondencia de todos los Padres misioneros que durante la presente centuria se han propuesto catequizarlos; véase lo que la historia y la experiencia enseña de consuno; y si esto no bastara, apélese al testimonio de la luz natural, y ella dirá con los caracteres de la evidencia que, mientras esa rémora no desaparezca, mientras esas tribus bárbaras y semierrantes no entren de lleno en la legalidad, común á los pueblos ya constituidos, ni los infieles se harán cristianos, ni los salvajes hombres útiles á la sociedad y á sí mismos.

PROGRESOS DE LA FE EN LA ISLA DE CEYLÁN

II

Kandy y sus alrededores

KANDY, como es sabido, posee el templo donde se conserva el pretendido diente de Budda, el cual encerrado en una urna de oro que afecta la forma de flores de loto, parece más bien una muela de jabalí que un diente humano. Los budistas hacen todos los años en su honor pomposas demostraciones en las cuales se lleva el diente procesionalmente en el lomo de un elefante y bajo rico palio. (*V. el grabado de la pág. 533*).

A corta distancia hay la antigua sala del Consejo, de la época de los reyes, notable por su rico peristilo y sus columnas, y al lado los soberbios mausoleos de los soberanos de Kandy.

El viajero amante de antigüedades puede ir hacia el Norte hasta Anuradjapurah (la ciudad de los noventa reyes), donde se hallan las gigantescas ruínas tan celebradas. La distancia que separa Anuradjapurah de Jaffna es de ciento veintidós millas inglesas, y este espacio está en gran parte cubierto de inextricables y majestuosos bosques, que producen abundancia de maderas preciosas, como el tamarindo, la madera de hierro, el ébano, etc.

Este país no fué siempre un vasto bosque poblado de osos, tigres y elefantes; muy al contrario, merced á numerosos y anchos lagos artificiales, construidos por los antiguos reyes, vivía allí una población considerable junto á los fértiles arrozales. Bajo la dominación sucesiva de portugueses, holandeses é ingleses esa prosperidad ha decaído, de suerte que la vasta región del centro cuenta un número proporcionalmente muy reducido de habitantes todos paganos, á excepción de ochocientos católicos.

En el interior de la península de Jaffna no hay colinas ni valles, y aunque el terreno es muy árido, gracias á la energía de sus numerosos habitantes ostenta bosques de palmeras y cocoteros, y vastas plantaciones de arrozales, tabaco, legumbres, etc. Por desdicha casi nunca llueve, y tienen que regar los campos con el agua que sacan de los pozos.

La ciudad de Jaffna encierra pocas curiosidades dignas de llamar la atención, y únicamente merece ser visitado el antiguo fuerte, construido por los portugueses.

Entre los monumentos recientes, como una prueba más de la asombrosa fecundidad del apostolado, pueden visitarse las diferentes instituciones de los católicos: la casa episcopal, el colegio de San Patricio, el convento, el huerfanato, y sobre todo el seminario construido por el Ilmo. Melizán.

Digamos algo ahora de la historia del Catolicismo en Ceylán.

Historia del Catolicismo en Ceylán antes de la ocupación inglesa

Como en tiempo de los romanos esta isla era conocida de los navegantes, que la designaban con el nombre de Taprobana, es muy probable que la fe cristiana fuese anunciada en ella desde los primeros días del Cristianismo. Es un hecho admitido por todos que el apóstol Santo Tomás predicó el Evangelio en las Indias, donde convirtió considerable número de infieles.

Atendido que las relaciones entre la India y Ceylán son facilísimas, y por lo tanto frecuentes, puede presumirse que algunos discípulos del Apóstol predicaron allí la verdadera fe.

En 1500 los portugueses conquistaron la isla de Ceylán, que luego fué evangelizada por San Francisco Javier, que convirtió la clase entera de los paravars ó pescadores, que entonces habitaban principalmente la península de Mannar.

Desde allí llevó sus conquistas hasta la extremidad Norte de Ceylán, ó sea hasta Jaffna.

Pero el infierno no podía consentir que le arrebatasen tantas víctimas.

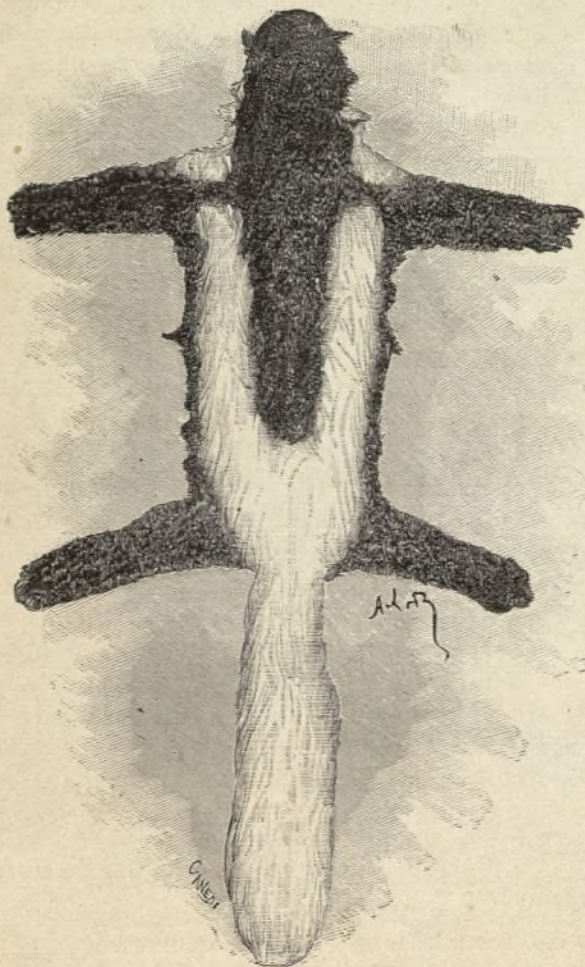
El rey de Jaffna, arrebatado de furor al saber que su propio hijo se había hecho cristiano, publicó un edicto ordenando bajo pena de muerte que todos sus súbditos volviesen al culto de los ídolos. Durante esta persecución más de setecientos mártires, y á su cabeza el mismo hijo del rey, dieron testimonio de la fe cristiana con su propia sangre.

Al tener San Francisco Javier noticia de lo que ocurría, informó á los portugueses, quienes, teniendo por principio secundar á los misioneros en la difusión de la verdadera fe, intimaron al rey de Jaffna que cesase de atormentar á sus pueblos por causa de la Religión. Como el soberano no hiciese caso de la orden, sitiaron los portugueses en su capital y se apoderaron de su reino. En el intervalo un hermano del rey, su hermana y un sobrino abrazaron la fe católica, y á su ejemplo los pueblos se convirtieron en masa y fueron fervorosos cristianos. San Javier volvió para alentar á sus neófitos á perseverar en la fe, y luego la predicó en Kandy y Punta de Gales.

Entonces las obras católicas, protegidas por los portugueses, prosperaron maravillosamente en aquel suelo recientemente regado con la sangre de mártires. El número de cristianos pasaba de cien mil, y contábanse más de cincuenta sacerdotes en Jaffna y sus alrededores: los Jesuitas instalaron un colegio para la juventud, y predicaron Franciscanos y Dominicos, que construyeron grandes conventos, cuyas ruinas se ven todavía. Este desarrollo de la vida cristiana duró cosa de un siglo, desde 1550 á 1650, en que sufrió aquella floreciente Iglesia una tempestad formidable.

La Holanda protestante, entonces en el apogeo de su poder, tenía numerosos buques en el Extremo Oriente, y sus marinos se distinguían por el odio feroz contra el Catolicismo, como lo prueba la persecución que suscitaron en el Japón, que borró hasta el recuerdo del nombre cristiano. Habiendo declarado la guerra á Portugal, después de repetidos combates se apoderaron de toda la isla de Ceylán por los años 1650, y persiguieron á muerte á la Religión. Los feroces sectarios, no pudiendo deshacerse de un solo golpe de todos los católicos, empezaron por desterrar á los sacerdotes bajo pena de muerte.

Estos hombres de Dios, valiéndose de cuantos medios les sugería su ardiente celo, recorrieron ocultamente las poblaciones católicas, adminis-



PIEL DE MONO



AFRICA ORIENTAL.—Colobos del bosque de Kahé (Colobus-Guereza var. Caudatus). (Pág. 546)

trando los Sacramentos y exhortando á la perseverancia en la fe. A pesar de sus precauciones, muchos fueron asesinados por los herejes, entre otros los PP. Juan Metella y Pellingoti, de la Compañía de Jesús, y el P. Francisco Donat, dominico. Esta persecución, lejos de desalentar á los apóstoles, excitó su celo con la esperanza de alcanzar la palma del martirio. Entre todos los misioneros, que en aquella época de turbación trabajaron animosamente por la salvación de sus hermanos, debemos citar á los PP. José Vaz y Gonzalves, del Oratorio, que, arrostrando toda clase de peligros, combatieron muchos años por la fe católica. La persecución fué cada día más intensa. Por una ley promulgada en 1715, el Gobierno prohibió bajo severísimas penas administrar el bautismo católico, y llegó á imponer castigos corporales por reunirse los fieles. Obligábase á las familias católicas á enviar sus hijos á las escuelas protestantes; considerábanse nulos los matrimonios no contraídos ante el ministro de tan odiosa secta; en una palabra, por todos los medios posibles procuraron arruinar la verdadera fe, y tanto trabajaron que en 1717 sólo había setenta mil católicos en Ceylán, y en 1796, al desaparecer la dominación holandesa, la Religión católica no



AFRICA ORIENTAL.—El rinoceronte intempestivo. (Pág. 547)

contaba más que sesenta y seis mil fieles. La mayor parte de los que apostataron volvieron al culto de los ídolos; otros fingieron hacerse protestantes para captarse los favores de los gobernantes, y cuando éstos desaparecieron volvieron al Paganismo. Así es como los protestantes, por odio á la Iglesia, volvieron á sumir esta desdichada nación en las tinieblas del Paganismo.

LOS AGUSTINOS EN AMÉRICA DURANTE EL SIGLO XVI

Con motivo de haber conmemorado la Iglesia el 28 de Agosto al eximio Doctor y gran Padre San Agustín, y contar la ciudad de Lima á los nuevos Padres Agustinos del Escorial, para continuar la obra fecunda de los primitivos que implantaron en aquellos países la preciosa semilla del Cristianismo, el conocido escritor



AFRICA ORIENTAL.— El monte Meru (4,000 metros) visto desde la llanura del Bajo Arusha. (Pág. 546)

de la Orden Agustiniana Fr. Francisco Blanco García ha publicado el siguiente artículo, que nos complacemos en reproducir de la *Revista Católica* de Lima:

DESDE que Francisco Pizarro con un solo navío y ciento veinte hombres acometió la homérica empresa de explorar y someter el imperio de los Incas, siete veces mayor en extensión que toda España, hasta que el verdugo cortó la cabeza de otro Pizarro célebre, hermano del conquistador, las furias de la discordia fratricida y el odio salvaje no cesaron un momento de asolar aquel rico y hermoso país, ni se apagó el incendio fomentado por las ambiciones tiránicas y egoístas, ni á los oídos de los peruanos hicieron apenas llegar otra voz sus dominadores que la de mando ó exterminio. Los pocos Religiosos y sacerdotes que arribaron á esta tierra antes de promediar el siglo XVI no bastaban para educar en la fe de Cristo á la innumerable muchedumbre que la desconocía, y á la que tuvieron por mucho tiempo soliviantada y recelosa los desmanes y la crueldad de algunos españoles. Al generoso anhelo de la propaganda cristiana y civilizadora se sobrepusieron la sed insaciable de riquezas, y la explotación de los múltiples recursos que para satisfacerla ofrecían la tierra virgen y el abusivo empleo de la autoridad.

Al pisar la playa del Callao doce apóstoles de la Orden Agustiniana, con patente del emperador Carlos V para la Real Audiencia del Perú (1551), se iban sosegando las revueltas civiles é inaugurándose una era de paz que, por desgracia, fué tan efímera como el virreinato del insigne D. Antonio de Mendoza (1). Traía este personaje consigo de la Nueva España á dos agustinos, uno de ellos, el P. Fr. Juan Estacio, su confesor y consejero en los más arduos negocios gubernativos, y por cuyo talento, acompañado de exquisita prudencia, santidad y fama, se redimieron los males acarreados por anteriores disturbios, castigando á los rebeldes y traidores, remunerando á los leales y promoviendo la conversión de los indígenas.

En ella entendían con ahinco los colegas en Religión del P. Estacio, á la vez que socorrían copiosamente á los menesterosos y curaban á los enfermos, y con su vida mortificada y devota, su humildad y su menosprecio de las cosas del mundo, eran ejemplo vivo y representación eficaz para los extravíos y la codicia de los malos españoles. Pasma leer los documentos en que constan la estrechez suma, la disciplina rigurosa, la pobreza inverosímil y los trabajos continuos que constituían el régimen normal de los hijos de San Agustín en el Perú. Al comparar su ascético olvido de la tierra con la molición enervante y la disolución de costumbres que se habían hecho generales entre conquistadores y conquistados, parece que asistimos á una resurrección de la primitiva edad del Cristianismo, cuando se poblaban los yermos como lugares de refugio contra las gangrenas sociales que minaban la existencia del Imperio romano, ó más bien cuando, al invadirlo los bárbaros del Septentrión, sirvieron los monjes para aplacar con

sus plegarias la cólera del cielo, para traer con su palabra hasta el pie de los altares á los antiguos moradores de las selvas, y para conservar como sagrado depósito en medio del naufragio, las reliquias del genio y la cultura latinos.

No de otra manera los Religiosos que evangelizaron á los hijos del Sol recorrían los bosques y montañas por donde vagaban dispersos los infieles, enfrenaban en las ciudades con sus palabras y sus obras la perversa voluntad de los españoles revoltosos y descontentos, y con la mansedumbre, el celo y la firmeza convirtieron el antagonismo de razas, exacerbado por abusos, desmanes y tropelías, en fusión venturosa consagrada por el signo augusto de la cruz. Seis años después de la llegada de los Agustinos al Perú (1557), firmó en Valladolid Felipe II una real cédula para que se multiplicaran los monasterios en el país, separándolos por distancia de algunas leguas. El lenguaje de este documento, en que se reconocen los grandes adelantos conseguidos por la predicación de las Ordenes religiosas, contrasta de un modo singular con las quejas que muy poco tiempo antes había manifestado el emperador Carlos V contra la indolencia criminal de los encomenderos en la educación religiosa de los indios.

Al partir para sus respectivas provincias los heroicos hijos de San Agustín, llevaban órdenes de no recibir de los indios «oro, plata ni otro metal, salvo legumbres ó maíz, sin prevenirse de comidas, porque su interés sólo había de ser ánimas adquiridas para Dios, dando á conocer á los indios que los Religiosos no buscaban riquezas en sus tierras, como los demás españoles, sino introducir la fe y las virtudes en sus ánimas, como ministros de Cristo, poniendo el cuidado en sola su salvación, y no en cosa alguna de propia comodidad... (1).» La misma prohibición se impuso respecto á las mercedes del Rey ó de los encomenderos, de las cuales sólo había de aceptar cada misionero lo que necesitase «para un hábito de jerga ó cordelete y para una pobre y penitente comida.» Nadie podía tomar á su servicio criados de entre los neófitos, para cuya instrucción se explicaría mañana y tarde la doctrina cristiana; sublimes instrucciones que, cumplidas á la letra por verdaderos ángeles en carne, limpiaron el Perú de supersticiones y ritos seculares, de los que no estaba excluido el sacrificio de víctimas humanas; hicieron brillar la luz de la fe y la civilización á los ojos de innumerales seres condenados á abyecta servidumbre, y les enseñaron á pronunciar con respeto y amor el nombre de España, que para ellos había sido aborrecible símbolo de iniquidades, depredaciones y tiranías.

Añádese, para encarecer la virtud de los obradores de tales maravillas, que todos pasaron al Nuevo Mundo por propia y libérrima elección, y que algunos, como los PP. Fr. Baltasar de Melgarejo y Fr. Antonio Baeza, procedían de ilustre linaje y habían renunciado pingües patrimonios para consagrarse á la penitencia y la caridad. Tales circunstancias concurrían también en el P. Juan de Vivero, á quien cupo la altísima honra de convertir al Catolicismo y reducir á la obediencia de España al inca Sairi Tupac, y que, como consejero in-

(1) V. *Crónica moralizadora de la Orden de San Agustín en el Perú, con sucesos ejemplares vistos en esta monarquía*. Tomo primero, por el P. M. F. Antonio de la Calancha. (Barcelona, 1638).

(1) Calancha. *Crónica moralizadora*, etc.; pág. 356.

separable del virrey D. Francisco de Toledo, conde de Oropesa, tomó activa parte en la formación de las ordenanzas, después leyes municipales, del Perú.

Vástago de una dinastía que con él perdió su independencia, no fué Sairi Tupac (1) un Augústulo cuya figura quede eclipsada por la tragedia de sus destinos: más faustos los merecían su tesón en la defensa del trono, á que le llamaba la sangre que corría por sus venas, su actitud digna y grandiosa de rey despojado, su resignación ante los horrores del infortunio, y sus acciones todas que parece realzar un destello de majestad caída, pero no vencida. Encerrándose en las montañas de la provincia de Vilcabamba, cerca del Cuzco, y confiado en el número y la fidelidad á toda prueba de sus vasallos, acarició el ensueño imposible de restaurar la monarquía de sus mayores, hasta que, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, movido por la generosa idea de ahorrar á sus leales el sacrificio de la vida, y aconsejado por los caciques, que fingieron interpretar la voluntad de los dioses, admitió los ofrecimientos del Virrey, á quien rindió pleito homenaje, reconociendo la autoridad de España.

Desde este mismo instante se pensó en la conversión de Sairi Tupac, considerada con razón como de importancia y dificultad sumas. Por eso, y aunque en el Cuzco había multitud de sacerdotes y Religiosos, se eligió para la empresa al P. Vivero, cuya ciencia y santidad no tenían rivales ante la pública opinión. Lo que más cautivó la simpatía y el afecto del Monarca destronado en su catequista fué el contemplar su desinterés, su menosprecio de pompas y riquezas. Tan honda y eficazmente penetraron en el corazón del neófito las palabras del venerable ministro de Dios, que no sólo se dispuso á ser bautizado, sino á contraer matrimonio cristiano con una de sus mujeres, separándose de las demás.

Tan señalado triunfo de la gracia, en el que vieron las Autoridades civiles un servicio inapreciable á la Corona de Castilla; el descubrimiento de una conjuración contra el Virrey, debido exclusivamente al P. Vivero, y el haber éste colaborado, según queda dicho, en las Ordenanzas para el gobierno del Perú, inclinaron el ánimo de Felipe II á galardonar los merecimientos del humilde Religioso con la mitra de Cartagena, y después con la de Chuquisaca. El Obispo recién electo pasó á mejor vida á ceñir la aureola de la inmortalidad celeste.

En las montañas de Vilcabamba, de donde salió Sairi Tupac para hacer en Lima la dejación de sus dominios y prerrogativas de soberano, fueron á desterrar ídolos y propagar la fe cristiana los PP. Fr. Marcos García y Fr. Diego de Ortiz. Bautizó el primero al inca Yupangui, que conservaba una sombra de autoridad regia, merced á la tenacísima adhesión de los indios de aquellos contornos á sus tradiciones y costumbres; pero el inca no tardó en entregarse á una vida licenciosa y depravada, atrayéndose las severas reprensiones de Fr. Marcos, á quien castigó con injusto destierro. Solo y sin auxilio entre aquellos bárbaros, no cesó de predicar el P. Ortiz, sin que le intimidasen las amenazas de

Yupangui, ni el temor del martirio, por el que, bien al contrario, suspiraba con fervoroso anhelo.

En medio de la embriaguez y los lúbricos excesos de un festín fué pedida al inca, como prenda de amor, la cabeza del misionero por la mujer infame con quien aquél vivía en deshonestos tratos. Antes de que el verdugo satisficiera la sed de venganza que abrasaba el corazón de la nueva Herodías, falleció Yupangui. Su amante propaló la especie de que le había envenenado el P. Ortiz, y uniéndose á esta calumnia los odios de los hechiceros y falsos sacerdotes, se le hizo condenar á muerte por el inca Tupac Amaru. Agrúpase en contra del misionero una turba criminal que le manda devolver la vida al aun caliente cadáver, y que ebria de cólera al oír las mansas protestas del Religioso, le escupe y hiere sin compasión, y amarrándole á una cruz, le hace sufrir los más crueles tormentos que pueden idear la rabia y el frenesí diabólicos. Descoyuntados y macerados los miembros de la víctima, exhaustas sus fuerzas y enrojecido el suelo de sangre, taladran las mejillas del mártir, introducen por ellas una cadena, le llevan arrastrando por el pueblo y le conducen en la misma forma hasta en el que estaba Tupac Amaru. Alentados los atormentadores por la aquiescencia de su señor, someten al casi exánime cuerpo á nueva y horrible flagelación, y lo atraviesan con un palo desde el bajo vientre hasta el cerebro, último suplicio que arrancó la vida al glorioso confesor de la fe cristiana, el primero de los que la sellaron con su sangre en el antiguo imperio de los Incas.

Años adelante era aprisionado Tupac Amaru, á consecuencia de una insurrección, por el capitán Martín García de Loyola, y devoraba las amarguras del abandono sombrío y de la incertidumbre de su suerte en el mismo palacio donde había hecho ostentación pomposa de su majestad. Condenado á pena capital, no tuvo defensor más ardiente que el bendito Fr. Agustín de Coruña, hermano en Religión del P. Ortiz, y obispo de Popayán, que, de hinojos ante el Virrey y con lágrimas de paternal amor solicitaba el indulto del reo. No le fué dado conseguirlo, pero sí ganar para Dios el alma de Tupac, é infundirle resignación generosa, y derramar sobre su cabeza las aguas del bautismo en el cadalso, antes de que la cercenara la cuchilla.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XXIII.— En Kahé

Noticias de Sina.—Resolución final.—Kahé.—En el bosque tropical.—Zanja para elefantes.—El colobo de mantelete.—El tiro del doctor.

Hoy domingo, 7 de Septiembre, mientras que santificamos el día en Motchi mediante la oración y el descanso, llega un correo anunciándonos que el rey Sina, de Kibosho, ha invadido nuevamente los Estados de su vecino Ngameni en Matchamé y talado los plataneros, apoderándose al mismo tiempo de un

(1) Nieto de Huaina Capac (rey del Perú en los tiempos de la conquista), y sobrino de Huáscar y Atahualpa, sucedió á su padre Manco, segundo de este nombre, en el derecho al trono.

campo atrincherado y de gran número de mujeres y niños. ¡Las promesas de amistad se las llevó el viento! El Sr. de Eltz avistase desde luego con Mandara, y se decide la guerra, para la cual se reunirán todas las fuerzas disponibles de Tchaga, Paré, Kahé y Bajo Arusha, á fin de acabar de una vez con este terrible vecino.

Pero entre tanto, ¿qué vamos á hacer nosotros?

Después de madura reflexión, consejo y oración, el Ilmo. Courmont da sus instrucciones. Insistiendo el señor de Eltz, con su abnegación habitual, en tener á su lado al fundador de la Misión, el P. A. Gommenginger permanecerá aquí hasta ver el resultado de la guerra. Si los asuntos de Matchamé tienen buen éxito, allí se hará la fundación; de lo contrario, nos instalaremos en Kilema, en donde Fumba pide incesantemente nuestra presencia. Su ilustrísima y yo tomaremos el camino de

la costa, explorando el Kahé, el Bajo Arusha, el Paré, el país masaia comprendido en la cuenca del Ruvu, el Sambara, el Zigua y el Doé. Luego iremos á Bagamo-yo pasando por nuestra Misión de Mandara. Tan pronto como sea posible, una nueva caravana se reunirá al P. Augusto Gommenginger con el personal necesario, un Padre, un Hermano, unos veinte jóvenes cristianos y todo lo que es indispensable para instalar una Misión nueva.

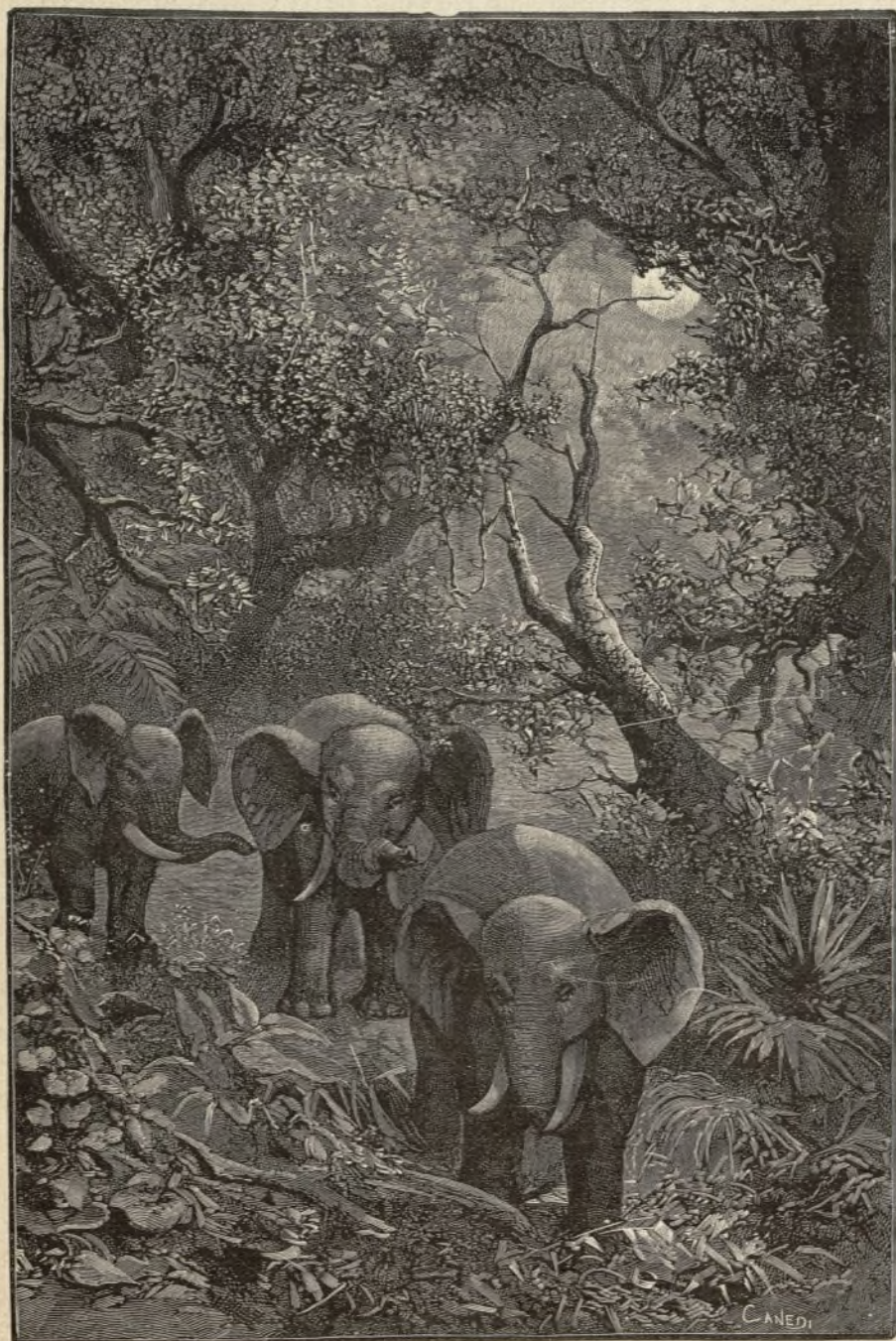
Por el pronto bajamos juntos al Bajo Arusha, donde reside el Sr. de Eltz. El Dr. Baxter quiere también acompañarnos, movido por el aliciente de las cazas maravillosas con que ha soñado y de que esta región es el centro.

Después de habernos despedido de Mandara bajamos las pendientes de la montaña, y dirigiéndonos hacia el

Sudeste á través de la llanura semidesierta, al cabo de cuatro horas de marcha llegamos á orillas del Deu, que baja del Kilema. El bosque es magnífico; los árboles, que semejan elevados fustes de columna, todo lo cubren con su frondoso ramaje; y el agua, que corre silenciosa, descansando ahora de los innumerables saltos que ha tenido que hacer en las alturas, esparce por doquier la vida y el frescor. En algunos sitios esta parte del bosque está literalmente interceptada por rafias, esa palmera extraordinaria cuyas hojas, de seis á diez metros de largo, se cruzan y entrelazan en impenetrable desorden. Los frutos, que cuelgan en largos racimos, forman las delicias de gran número de monos burlones é insolentes, y en el barro espeso que se extiende á la sombra de esos árboles seculares, los búfalos, los rinocerontes y los elefantes pasan días deliciosos.

En este lugar, donde acampamos, no se ve un ser humano; sólo hay bestias, y aun éstas se mantienen á regular distancia, de suerte que en este primer día de caza no obtenemos resultado alguno. A la mañana siguiente, á las cinco despiértannos los monos, que nos insultan desde lo alto de los árboles, y partimos. Después de haber cruzado el Deu, que volvemos á encontrar más lejos engrosado por un canal que sale de Rau, entramos en el Kahé por dos puertas distintas.

Kahé es el nombre de un país



AFRICA ORIENTAL.—Foso para los elefantes en el bosque. (Pág. 545)

pequeño, una especie de oasis semejante á Toveta, formado por las tierras de aluvión del Kilima-Ndjarro, y arrastradas hasta allí por numerosos riachuelos. La población se compone de más de dos mil personas, vestidas al estilo masai, y que se parecen por el tipo, las costumbres y la lengua á las de Toveta y Bajo Arusha. Los hombres llevan generalmente ceñidores de tela, y las mujeres pieles curtidas, perlas y cauries. Este pueblo, esencialmente agrícola, es inteligente y pacífico. Crían también ganado, encerrado en los establos, ó por mejor decir en las casas.

Las ideas religiosas y sociales son las mismas que las de las tribus vecinas. Sin embargo, la forma republicana está aquí menos acentuada que en Toveta. Hay dos jefes, de dignidad casi igual, lo que revela felices disposiciones.

Apenas instalados en nuestro campamento, recibimos numerosas visitas. Una Misión sería aquí muy bien acogida; pero ¿cómo instalarla? ¿Tantos campos para labrar y tan pocos obreros!

Nos hemos instalado en lo interior del bosque virgen; pero en una especie de claro limpio y fresco, con corpulentos árboles, rectos como mástiles, que forman una magnífica bóveda de verdura.

La ocasión nos brinda para que nos internemos en ese dédalo maravilloso, donde todo es tan bello y grande, y donde en el silencio de esta naturaleza tropical, Dios habla al alma que le escucha, un lenguaje penetrante y dulce. Cada cual se abandona á su fantasía y su inspiración. Quien se sienta al pie de un gigante del bosque; quien sigue los senderos, apenas visibles entre los árboles; no faltando un tercero que se lanza á la ventura en pleno bosque salvaje. Aquí no es la naturaleza triste, fría, nebulosa é imponente de la montaña: recrea el fresco de la verde fronda, que no impide se sienta el sol de Africa con su luz intensa, su calor vivificante y su perenne fecundidad. (V. el grabado de la pág. 537).

Algo más allá del territorio habitado, y remontando los ríos que vienen del Matchamé, el Weru-Weru por ejemplo, poco se tarda en hallar la caza mayor, especialmente búfalos, pero es peligroso internarse en esta dirección, pues los cazadores kambas han abierto allí



AFRICA ORIENTAL.— La muerte del búfalo. (Pág. 546)

gran número de zanjas de algo más de dos metros de profundidad, y tres ó cuatro de largo, divididas en dos por una especie de muro transversal: estos fosos los disimulan cuidadosamente con ramas y hojas, escogiendo para el caso las preferidas por los elefantes. (V. el grabado de la pág. 544).

Por la noche, sale para sus correrías el paquidermo siguiendo el camino que se tiene trazado, y al llegar al foso coge con la trompa algunas ramas, y mientras se refocila fáltales el suelo á sus patas delanteras y húndese en el hueco fatal. Mas instintivamente, viendo más allá terreno sólido, hace un esfuerzo y se lanza hacia adelante, cayendo así por completo en la zanja, y quedando suspendido por el vientre sobre el muro divisorio; esta posición inutiliza toda la fuerza del coloso, que muere más tarde herido por la flecha envenenada de su enemigo.

Lo que da á la fauna de Kahé un sello característico, es la presencia, en gran número, de un mono muy notable, el colobo de mantelete (1). (*V. el grabado de la pág. 540*).

Hay de él tres variedades: una de cola larga y estrecha, que se halla en los bosques del Sur; otra de Abisinia, de cola terminada en un mechón espeso; la tercera, por último, de cola larga, blanca, sedosa, que se halla casi exclusivamente en esta región. Internándose el viajero en el bosque, levanta la cabeza á los gritos de las aves ocultas en los arcos de verdor, y ve bandadas de monos pequeños y grises, que huyen como chiquillos sorprendidos en flagrante delito de merodeo. Mas he aquí que en lo más alto, en la inextricable red de lianas y ramas, oye un ruido ligero y debilitado por la distancia, como de alguien que huye. Entonces observa, busca, adelanta ó retrocede sigilosamente, con el cuerpo inclinado, el ojo fijo, el dedo puesto en el gatillo del fusil fatal, y ve que acurrucado tras de una rama, y escondiendo la cola, le mira un mono de cabecita negra con marco blanco, inmóvil y revelando angustia. Entonces si el viajero no cree en conciencia cometer un atentado contra su antigua familia, dispara el arma, y la bestezuela tiembla un momento, suelta la rama, y cae lenta y pesadamente, manchando con un hilo de sangre su soberbia piel de seda moaré, negra ó blanca, constantemente limpia de polvo... Al oír la detonación multitud de miembros de la misma familia abandonan su albergue aéreo, y corren y saltan en confusión, ostentando como un penacho su magnífica cola blanca.

Al volver al campamento al anochecer, entre dos cazadores reunimos seis de dichos animales, muy codiciados por sus pieles. Durante mucho rato todavía oímos en las profundidades del bosque algo como el ruido de un combate encarnizado y furioso: es el doctor que ametralla á un colobo, á quien ha sitiado detrás de su rama, y que no quiere bajar. Obligado á volverse á causa de la noche, el terrible cazador trae dos monos muertos durante el día, reservándose, como nos dice, tomar el otro el día siguiente al pasar junto al árbol, del que le derribará sin remedio.

Al mismo tiempo que él, llega al campamento uno de los jefes del país, pidiéndonos perdón y piedad con lágrimas en los ojos y la voz temblorosa.

—¡Perdón y piedad por nuestros monos, dice, que nunca han dañado á nadie, que no roban, ni comen sino los frutos de sus árboles! Sólo bajan para beber en el río. Entonces vienen en familia, y para no mancharse durante el camino, la madre sigue en pos del padre, y los hijos detrás de la madre, levantando cada uno la cola de aquel que le precede... Los ancianos nos afirman que á nuestros parientes les gusta revivir en estas bestias para recorrer los bosques de Kahé, y contemplar desde allí como trabajan sus hijos. Ahora bien, terminó este buen hombre, si los matáis todos, ¿á dónde irán nuestras almas?

Para no matarlas todas, partimos el día siguiente. Como es justo, la caravana se detiene sin falta al pie

del árbol que señala el doctor. Busca abajo, y mira arriba. ¡Misericordia! He aquí que advierte ahora con estupor que hizo dieciséis disparos... ¿contra qué? ¿contra un trozo viejo de madera blanca, que en la obscuridad de la noche confundió con la cola de un mono!

XXIV.—En el Bajo Arusha

En la llanura.—La caza en el desierto.—El Bajo Arusha.—La separación.—Un rinoceronte intempestivo

Al cabo de una hora escasa salimos del bosque, que termina bruscamente, como en Toveta, para dar lugar á un verdadero desierto. Las hierbas, gramíneas en su mayor parte, son cortas y mezquinas, el terreno se extiende luego absolutamente desprovisto de vegetación, y más adelante se ven arbustos especiales de las lagunas marítimas. Sólo en algunos sitios hay una capa de tierra fértil en la que crecen árboles entrelazados con lianas diversas, formando elegantes bosquécillos. A cada momento cantos rodados, cal de aluvión y sal de nitro recuerdan que todo este espacio fué en otro tiempo un mar interior, del que se encuentran los últimos vestigios en dos lagos salados: el Mangara al Este del Kilima-Ndjaro, y el Ndyiri al Norte.

Este paisaje, con todo, no deja de ser interesante: al Norte aparece en su imponente conjunto la masa soberbia del Kilima-Ndjaro, que desde aquí se ve todo entero; puede contemplarse al Este el muro azul de las montañas de Paré; al Oeste se levanta el cono inmenso del Meru (*V. en la pág. 541*), antiguo cráter también, que la nieve cubre á veces con una mancha blanca.

Más á la izquierda hay el Alto Arusha habitado por gentes parecidas á las de Toveta.

¡Qué soledad! ¡qué espacios y qué espectáculos tan grandiosos!

Después de andar algún tiempo juntos, nos dispersamos en busca de una pieza de caza para nuestra comida. Al cabo de buen rato oímos una, dos veces, la carabina del Sr. de Eltz. Acudimos presurosos, y le hallamos luchando con un búfalo herido de muerte y que se precipita sobre él. Felizmente tiene tiempo para apuntar de nuevo, y un tercer tiro da con su enemigo en el suelo. (*V. pág. 545*).

En la estación acompañan al Sr. de Eltz el subteniente Kaysser y unos veinte soldados sudaneses y suahilis. A un lado una casa espaciosa y fresca está destinada á los europeos, y al frente hay las habitaciones para el personal, defendido todo con fuerte cerca formada con troncos de árboles, todo muy limpio y bien conservado. En un rincón un montón enorme de cabezas de gacelas, antílopes, jabalies, girafas, cebras, hipopótamos, búfalos y rinocerontes patentiza, á la vez que la riqueza del desierto vecino, los éxitos cinegéticos del dueño de la casa.

El país es un oasis formado por tres riachuelos que bajan del Kilima-Ndjaro, y lo habita una población agrícola y pastoral semejante á la de Toveta y Kahé. En este momento del año la vida es aquí agradable, pero en la estación lluviosa toda la comarca está llena

(1) *Colobus-Guerza*, var. *Caudatus*.

de agua y de mosquitos. Al Este se levantan los montes inhabitados de Litema, donde casi nunca llueve.

La importancia de la estación estriba en que el Bajo Arusha es el punto donde la mayor parte de las caravanas de Pangani se reúnen y abastecen, antes de internarse en el país masaia ó de volver á la costa. Para que se comprenda la prodigiosa cantidad de caza que hay por estos alrededores, baste decir que hemos permanecido aquí cuatro días, durante los cuales sesenta personas, europeos y africanos, han vivido de la caza de solos dos hombres.

El 13 de Septiembre por la mañana, la caravana se organiza de nuevo, y nos dirigimos por el Sudoeste hacia el Ruvu, que ya ha recogido en este lugar la mayor parte de los arroyos que bajan de las montañas. Reaparecen numerosos rebaños de antílopes y de otros animales: cazamos un bújalo joven, y nos repartimos su carne.

Henos ya en el río. Un islote se divide en dos brazos muy anchos, y por consiguiente poco profundos, que ahora pueden vadearse con agua hasta la cintura.

Aquí nos despedimos del Sr. de Eltz, que ha sido para nosotros y continuará siendo para la Misión nueva un protector y un amigo, y del P. Augusto Gommenginger, á quien dejamos con dos muchachos cristianos, y que tiene que fundar una Iglesia é iniciar la civilización de un pueblo.

Pasamos el río, y mientras nuestros compañeros vuelven á la estación, plantamos las tiendas á la entrada del desierto.

La sequedad y pobreza de estas riberas es extraordinaria, y, á excepción de una línea de corpulentos árboles siempre verdes que sombrean su curso, reina la mayor aridez desde Kahé hasta Sambara.

Henos ya solos y tristes.

Por la tarde el Ilmo. Courmont, para disipar la melancolía de la despedida, y proporcionar á la caravana carne fresca, me da el encargo de explorar los alrededores, y parto con dos de nuestros hombres.

A poco veo á lo lejos un rebaño de cebras, contra el que hago fuego: la banda huye, como de costumbre; pero paréceme que una de las bestias anda herida, y nos lanzamos en su persecución. Las colinas se suceden á las colinas, cubiertas de arbustos y erizadas de espinos: las cebras reaparecen un instante, para huir de nuevo, y desaparecen finalmente tras una rápida carrera. Acercándose la noche, y habiendo perdido de vista á mis animales, lo mismo que á mis hombres, resuelvo volver al campamento. Andando solo y entregado á mis pensamientos, oigo de pronto un sordo ruido, tiembla el suelo, y veo en la sombra como un ómnibus que se pone en movimiento, ó una especie de locomotora que corre silbando. Antes de que pueda ponerme en guardia, tengo en mi presencia al monstruo, un enorme rinoceronte que, turbado sin duda en su descanso y recelando intenciones hostiles, se precipita sobre mi inocente persona. El fusil que tengo en la mano, á más de no estar preparado, sólo lograría rasgar su epidermis; pero como he oído decir que esta bestia lo es tanto que no persigue á su enemigo, me hago animosa-

mente á un lado, y tengo la satisfacción de ver que, en efecto, desfila en mi presencia dando mugidos, aplastando los arbustos que halla al paso, y levantando tras sí torbellinos de polvo y de guijarros. (*V. el grabado de la pág. 541*).

Al cabo de una hora, siguiendo el curso del río y guiado por el humo que subía al cielo, hago mi entrada poco solemne en el campamento.

—¿Y la caza?

—¡Todavía corre!...

EL CLERO Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN HAITI

De algunos años á esta parte viene observándose un notable progreso en el desarrollo de la Religión Católica, que es la del Estado, en aquella República americana. El actual presidente, general Hipólito, toma una parte muy activa en este movimiento, y á su iniciativa se debe la designación de un ministro residente de la República cerca del Soberano Pontífice León XIII, cuyo cargo ha sido confiado al Sr. Delorme, distinguido escritor y hombre público haitiano. Al ocurrir el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad, recibió el Padre Santo los homenajes y presentes del entonces jefe del Estado, general Salomón, de su Gabinete y del pueblo de Haiti representados por un enviado especial. A estos sentimientos de acendrada adhesión ha correspondido dignamente Su Santidad León XIII, enviando á Haiti, en calidad de delegado apostólico permanente y enviado extraordinario de la Santa Sede, al reverendísimo Mons. Tonti, á quien el Gobierno haitiano nombró en seguida arzobispo de Puerto Príncipe, colmándole de honores. Prosiguiendo en este orden de mutuas distinciones, el Papa ha concedido recientemente la Gran Cruz de la Orden de Pío IX á S. E. el Presidente de Haiti y al honorable Lespinase, ministro de Relaciones Exteriores, en recompensa de sus iniciativas y de los relevantes servicios que vienen prestando á nuestra Sacrosanta Religión en aquella República.

Esta, como es sabido, se halla situada entre las islas de Cuba y de Puerto Rico, y figura como la segunda en extensión de las Antillas mayores. Tiene una extensión territorial de 30,000 kilómetros cuadrados, y su población, según las estadísticas formadas por el clero de la diócesis, asciende á 1.200,000 habitantes. La organización política, administrativa y eclesiástica de este Estado es semejante al de las demás repúblicas americanas; siendo el Jefe supremo del Gobierno un Presidente constitucional con su Consejo de Secretarios de Estado, en número de seis, que forman el poder ejecutivo. Los cuerpos legislativos son el Senado, con 39 miembros, y la Cámara de representantes, que se compone de 95 diputados. El poder judicial lo constituyen un tribunal de casación, tribunales civiles y tribunales de paz y de comercio. Divídese el país en cinco departamentos, subdivididos en distritos, comunas, secciones rurales, cuarteles y puestos militares. El ejército se compone de unos 20,000 soldados y la marina de guerra cuenta con 3 avisos y con 2 cañoneros. Las producciones principales son el café,—que constituye la cose-

cha culminante, colocando á Haiti en lugar preferente entre las primeras naciones productoras de este rico grano,—cacao, azúcar, miel, algodón, plantas textiles, campeche y otros palos tintes, ébano, caoba, cedro y demás maderas preciosas, cera, pieles, gomas, ron, minerales, etc.

La instrucción pública ha tomado en los últimos tiempos un incremento considerable, contando con cinco liceos superiores y facultades de derecho, de medicina, de farmacia, de telegrafía; con escuelas normales y de artes y oficios, y con 490 escuelas elementales para niños y 110 para niñas, distribuidas entre 12 circunscripciones escolares y sostenidas oficialmente. Además hay varias instituciones particulares de verdadera importancia, como las de los Hermanos de Doctrina Cristiana, las de las Religiosas de San José de Cluny, las de las Hermanas de la Sabiduría, la del Pensionado del Monte Carmelo, de la viuda Lepino y otras que hacen mucho honor al espíritu moral é intelectual del país, según veremos más adelante.

La organización eclesiástica de Haiti tiene por base el Concordato con la Santa Sede celebrado en 1861, que establece un arzobispado en Puerto Príncipe, capital de la República, y sedes episcopales en Cabo Haitiano, Caves, Gonaives y Puerto de Paz.

En 1888 existían unos 130 templos parroquiales y más de 200 capillas rurales, que con el tiempo constituirán nuevas parroquias, servidas por 150 sacerdotes, á los que hay que agregar los alumnos del pequeño Seminario de San Marcial, dirigido por los Padres del Santo Espíritu y del Inmaculado Corazón de María, y los del gran Seminario de Pont Chateau, confiado á los Religiosos de la Compañía de María.

El pequeño Seminario data de 1864, y fué fundado en cumplimiento del Concordato por el arzobispo monseñor Testord du Cosquer. En 1870 el arzobispo monseñor Gilioux puso la primera piedra de un edificio propio construido en Lalve bajo la dirección del arquitecto Mr. Launay. Esta institución fué recibida con unánime aplauso en el país, y su importancia va cada día en aumento, debido á la esmerada enseñanza que dispensa y á la confianza que merece de las familias haitianas. Cuenta con un personal docente escogido entre los Religiosos más ilustrados de la Compañía de María, en número de 20 profesores para las clases elementales y superiores de ciencias, lenguas y artes, y con un promedio de 260 alumnos, además de los

mediopensionistas y de los subvencionados por el Gobierno.

En aquel mismo año los Hermanos de la Doctrina Cristiana se establecieron en Haiti, donde se les acogió con marcada simpatía, llegando ahora á gozar de verdadera popularidad como merecido galardón á los servicios que han prestado al país. El Gobierno no les ha escatimado nunca su cooperación, y contando con ella han podido sostener á gran altura 4 escuelas en la capital y 10 en las provincias, con un personal de 72 profesores y una asistencia de 3,262 alumnos.

Actualmente está tratándose de la instalación de otras 10 escuelas, cuyo crédito figura en el presupuesto desde hace dos años.

Lo mismo puede decirse respecto de la institución de Santa Rosa de Lima, dirigida por las Religiosas de San José de Cluny. El sistema de enseñanza que han puesto en práctica es verdaderamente notable bajo los puntos de vista físico, moral é intelectual. Los establecimientos de esta institución, en número de 6 en Puerto Príncipe y de 8 en las provincias, son regidos por 65 profesoras y concurridos por unas 2,000 alumnas.

A esta obra de progreso han prestado asimismo su valiosa cooperación, si bien desde fecha menos remota, las Hermanas de la Sabiduría, que establecieron su primer establecimiento en el Cabo Haitiano durante el año 1879, al cual siguieron otros ocho en diferentes localidades y dos hospicios para ancianos. El número de Religiosas es de 51 y el de alumnas de 1,500.

Los haberes del clero catedral y parroquial, y las subvenciones á los Institutos religiosos, están inscritos en el presupuesto especial del culto por las cantidades y ejercicio siguientes:

Ejercicio de 1890-91, 75,843'50. — De 1891-92, 89,158'08. — De 1892-93, 89,158'08. — De 1893-94, 94,098'26 y parcialmente en el presupuesto de la Instrucción pública.

Para atender á la instrucción de los campesinos se han iniciado negociaciones con los Religiosos Salesianos y con los Hermanos de la Doctrina cristiana, de Ploermel.

El principal núcleo del clero haitiano procede y ha sido escogido entre el de varias diócesis de Francia, á cuyo efecto reside en Saint Laurent-sur-Sèvre, diócesis de Luzón, un vicario general que actualmente lo es el reverendísimo Superior general de la Compañía de María. El Metropolitano de la Iglesia católica en Haiti es



ÚLTIMOS MOMENTOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. (Pág. 549)

Mons. Julio Tonti, arzobispo de Puerto Príncipe, cuya catedral ha sufrido mucho con las guerras, incendios y terremotos que han consternado la ciudad, pero actualmente trátase de erigir un nuevo templo metropolitano de vastas proporciones, para cuya empresa cuenta el Prelado con la ayuda del Gobierno y con el concurso decidido de la población en general.—*L. M. S.*

SAN FRANCISCO JAVIER

A PENAS nacida la Compañía de Jesús, vióse un día del año 1540 postrarse delante de su fundador, San Ignacio, un joven Religioso que, sin más equipaje que su Breviario, se disponía á emprender un viaje muy dilatado, quien, al recibir la bendición del que veneraba como á Padre, oyó de sus labios estas palabras: «Id, hijo mío, y abrasad el mundo todo en el amor de Dios.»

El joven jesuíta era aquel opuesto mancebo, nobilísimo navarro, llamado Francisco Javier, á quien retirara del mundo haciéndole soldado de Cristo, la atenta consideración de las palabras evangélicas: «¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?»

Partiendo de Roma y siendo recibido en Lisboa casi con honores reales, como merecía quien marchaba á las Indias investido con poderes de Nuncio apostólico, no quiso más hospedaje que un hospital, ni más alimento que el que la caridad le deparaba.

Trece meses de un viaje erizado de penalidades, le acrisolaron para emprender la obra que se proponía de dilatar el nombre cristiano hasta el Extremo Oriente. Reinos y naciones ambicionaba conquistar para ponerlos á los piés de Cristo, y de tal modo trabajó por satisfacer su ambición, que el nombre de Javier ha sobrepuesto al del hijo de Filipo, y sus glorias eclipsado las de los más famosos capitanes.

En Goa, haciéndose pequeño entre los pequeñuelos, enseña á los niños los rudimentos de la fe cristiana: á su predicación muda de faz la ciudad, y siendo aquel campo estrecho para su celo, hace resonar su voz, fecunda en prodigios, en las comarcas inmediatas y costas de la Pesquería. Evangeliza el reino de Travancor, y después de establecer florecientes cristiandades en toda la India, y de enviar celosos misioneros á la isla de Manar, llega hasta Meliapur, venerando allí la tumba gloriosa de Santo Tomás, apóstol.

Fatiga la mente asombrada, al par que ensancha el corazón, seguir los pasos de Javier en su carrera apostólica. Predicanda á Cristo crucificado llega á Malaca, situada en la península de su nombre, é incansable, va desde la isla de Amboyna á las de Baramura y Ulate: el archipiélago de las Molucas oye por vez primera el nombre de Jesucristo, y tantos son los triunfos conseguidos, que el brazo de Javier llega á fatigarse batiendo á innumerables infieles.

Al volver á Goa predicó en la isla de Ceylán, cabo de Comorín, y teniendo noticias de lo mucho que pudiera trabajar en los reinos del Japón, no descansa ni tiene placer alguno mientras no pone sus piés en uno de ellos.

A su mandato los muertos resucitan; haciendo la señal de la cruz desaparecen las enfermedades, y estos prodigios, unidos á los irresistibles acentos de su voz sobrehumana, convierten el Japón en una de las porciones más florecientes del mundo cristiano.

Conquistadas aquellas islas, concibe el gigantesco proyecto de evangelizar la China, ese dilatado Imperio refractario á todo lo que no es suyo; mas al llegar á la isla de Sancian, cerca de las tierras objeto de sus deseos, quiso el Señor premiarle con la porción del reino eterno de los escogidos. Desamparado de todo humano auxilio, y estrechando el Crucifijo contra su pecho, allí descansó en Jesucristo aquel hombre maravilloso que tantos trabajos, sudores y afanes sufrió por extender su gloria, dándole á conocer en pueblos innumerables sentados en las tinieblas del error.

¡Santa ambición la de Francisco Javier! no es extraño que así te posesionaras de aquel corazón que tan semejante fué al Corazón Sacratísimo del Divino Maestro, que con la ambición de todo un Dios, deseaba que toda la tierra ardiese en las llamas de su caridad.

Y si los justos brillarán como soles en la presencia del Eterno, ¡qué resplandores no serán los de Francisco Javier, que, émulo del Apóstol de las gentes, le parecía el mundo pequeño para ponerlo como trofeo á los piés de Jesucristo, su Amado!

El insigne Apóstol de los pueblos de Asia, honor del Catolicismo, gloria de la Compañía de Jesús, y orgullo el más legítimo de los españoles, comuniqué su espíritu á los heraldos de la fe cristiana en las naciones infieles, y nos atrevemos á suplicarle humildemente, que haga arder en nuestro pecho una centellita del volcán inmenso en que el suyo se abrasaba.

ESCUELA PRÁCTICA DE ESTUDIOS BÍBLICOS DE JERUSALÉN

VÉASE cómo la juzga uno de los primeros sabios de nuestros días, Mr. Vigouroux, en carta que dirige al reverendo Padre Prior de los Dominicos de San Esteban de Jerusalén:

«El establecimiento de la Escuela práctica de estudios bíblicos en Jerusalén, es, á no dudarlo, un acontecimiento de los más importantes para la Iglesia, y á su vez un título de gloria para la Orden de Santo Domingo. No puedo ocultar el placer que he sentido al ver de cerca la obra de Vds., enterándome ocularmente de lo que llevan hecho, prenda de los servicios incalculables que está llamada á prestar en lo futuro.

«Sólo habitando en el país, viendo con frecuencia los lugares, familiarizándose con los indígenas, recogiendo con esmero todos los datos que aquéllos pueden suministrar, explorando, en fin, el terreno, se llegará poco á poco á fijar con certeza en sus detalles la geografía sagrada y la topografía de Jerusalén. Merced á las exploraciones, se han resuelto ya muchos problemas, y se han rectificado errores corrientes. Así han hallado ustedes al Norte de la puerta de Damasco, en su convento de San Esteban, el sitio en que fué apedreado el Protomártir, como los Padres Blancos han descubierto en Santa Ana el verdadero lugar de la piscina de Bet-

saida, etc. Estos son meros comienzos de feliz augurio y como garantía de lo que promete, en el porvenir, la continuación de semejantes trabajos.

«Procuran Vds. semanalmente á sus estudiantes paseos arqueológicos por la ciudad de Jerusalén y alrededores; en diversas épocas del año emprenden verdaderas excursiones científicas, que duran semanas y meses enteros, buscando por doquiera recuerdos antiguos, restos de edificios, ruínas de toda clase, inscripciones y tradiciones. Los números publicados de su excelente *Revista Bíblica* muestran ya cuán preciosa mies llevan ustedes recogida, y eso que aun están principiando. Tengo firme convicción de que, á este paso, llegarán á descubrir verdaderos tesoros y prestar los mayores servicios á la ciencia de las Escrituras, recogiendo numerosos fragmentos y monumentos de valor. De todos los Museos de Europa, sólo el Louvre tiene una pequeña colección judaica; Vds. poseen ya, como los Padres Blancos y los Agustinos de la Asunción en Jerusalén y el barón Ustinoff en Jafa, colecciones preciosas que, continuamente enriquecidas, reflejarán la más pura luz sobre la historia del pueblo hebreo y de toda la Palestina: como que contienen ya piezas capaces de excitar la envidia del Louvre y demás grandes Museos europeos.

«Al propio tiempo, con esas expediciones tan fructuosas avezan Vds. á sus discípulos á las investigaciones, excitan su emulación, y les dan á conocer de vista gran número de localidades bíblicas, lo cual hace más fácil é interesante el estudio de los Libros Santos.

«Otra ventaja tienen Vds. en Jerusalén, mi reverendo Padre. No puede adquirirse hoy conocimiento pleno y científico de las Escrituras, sin el estudio del hebreo, ya que muchas cuestiones discutidas y puestas, como dicen, á la orden del día, no pueden resolverse sin recurrir al texto original. Indudablemente, es posible aprender el hebreo en Europa como en Siria, pero viviendo entre los orientales es más fácil penetrarse del género de su lengua. Tocante al árabe y al siríaco, que ustedes igualmente enseñan, claro está que hay en esa escuela recursos que en vano se buscarían en otra parte; porque el árabe es la lengua usual del país, y el siríaco es la lengua litúrgica de una parte de los sacerdotes de Siria. Por fin, completan Vds. la enseñanza de las lenguas orientales con el asirio, cuyo estudio jamás se recomendará bastante á los jóvenes exégetas.

«Grande fué mi gozo, amado Padre, cuando estuve en Jerusalén, viendo que su escuela tiene no menos de cincuenta estudiantes, y notando el celo con que se dedican á las lenguas orientales, y el interés (por no decir pasión santa) con que practican sus paseos arqueológicos. Tanto trabajo dará sus frutos, y la Iglesia se felicitará recogiendo los.

«Los brillantes resultados ya obtenidos muestran cuan á tiempo ha venido la Escuela Bíblica. Para el estudio de las artes liberales y de la literatura profana, los principales países de Europa han creado escuelas en Roma y en Atenas; para el estudio de la teología, se han fundado numerosos Seminarios en Roma; para el estudio de la literatura bíblica, los celosos hijos de Guzmán han abierto la Escuela de Jerusalén. Es tan evidente su utilidad, que al lado de Vds. acuden dis-

cípulos, no ya de Francia, sino también de Alemania, España, Polonia, Italia y hasta de América.

«Ni me cabe duda que aumentará su número según la Escuela vaya siendo más conocida; todo lo han organizado Vds. de manera que la estancia sea, amén de útil, cómoda y agradable; y el viaje de Tierra Santa es hoy muy fácil. Entre Vds. hallarán, junto con las satisfacciones y los goces de la piedad que se gustan en los Santos Lugares, la comodidad y recursos que demanda un trabajo serio y fecundo. El Sumo Pontífice, en su Encíclica *Providentissimus*, ha levantado últimamente la voz para decir al mundo entero, de una manera solemne, cuánto importa que los católicos se dediquen con celo al estudio de las Santas Escrituras, y cuán deseable es formar profesores capaces de interpretarlas y defenderlas competente y autorizadamente. La Escuela de Jerusalén corresponde en todo á las miras de León XIII. Uniendo la ortodoxia á la ciencia, posee cuanto se necesita para adquirir un conocimiento serio y profundo de los Libros Sagrados, y está llamada á ser para toda la Iglesia semillero fecundo de excelentes profesores.

«Plegue al gran Padre de familias multiplicar sobre ella su bendición y enviar muchos operarios á su mies.»

Dicho convento de San Esteban acaba de ser erigido en Colegio formal. Se podrá, pues, desde el curso próximo recibir en él los grados de licenciado y maestro en teología con las mismas condiciones que en la Minerva de Roma.

Los que sienten afición á los estudios bíblicos podrán cursar en Jerusalén, en donde á la facilidad de graduarse, se añade la ventaja de poder estudiar la Sagrada Escritura en condiciones muy favorables para apreciar muchos hechos de los Libros Santos, que no se comprenden fácilmente lejos de los lugares en que se realizaron.

CRÓNICA

Inglatera.—El Emmo. cardenal Rampolla, secretario de Estado de Su Santidad, ha dirigido al Rdo. Portal, catedrático en el gran Seminario de Cahors, y autor del libro *Ordenaciones anglicanas*, publicado bajo el seudónimo de Fernando Calbus, la siguiente carta:

«Reverendo señor: Agradezco á V. su amabilidad en enviarme el opúsculo que acerca de las *Ordenaciones anglicanas* ha visto la luz pública bajo el nombre de Fernando Calbus.

«A pesar de mis muchas y graves ocupaciones, he recorrido con interés creciente las páginas del precioso folleto; y os confieso que he experimentado placer vivísimo al ver tratada cuestión tan importante con tan serena imparcialidad de juicio y con espíritu tan amante de la verdad y tan impregnado del fuego de la caridad cristiana.

«Abstiniéndome de entrar en el fondo de la cuestión, apruebo por completo las conclusiones del autor, conformes á los sentimientos expresados, no hace mucho, por el Padre Santo, en sus Letras apostólicas dirigidas á los príncipes y á los pueblos del universo. El autor se encuentra firmemente convencido de que el movimiento iniciado en Oxford, y que va desarrollándose en el seno de la comunión anglicana, entre hombres de elevado espíritu, eruditísimos en la ciencia de las cristianas antigüedades, y leales

investigadores de la verdad, hará desaparecer los antiguos prejuicios, y disipadas todas las sombras, arrastrará hacia la unidad visible de la Iglesia de Jesucristo á la hija de Roma, á la nobilísima raza inglesa, iniciada por el bautismo de Gregorio el Grande en las grandezas de la vida civil y política. Y el pueblo se hará digno, en un todo, de los altos designios que aun le reserva la Providencia en la historia.

«Cariñosísima sería la acogida que esa gran nación habría de encontrar por parte de su antigua Madre, si llegara á ser un hecho este dichosísimo retorno. Conocido es el ardor con que el Pontífice augusto que gobierna hoy á la Iglesia de Dios trabaja por restablecer la paz y la unidad en la gran familia cristiana, y por reunir en un solo haz las fuerzas todas del Cristianismo, para oponerlas al torrente de la impiedad y la corrupción que se desborda, amenazando sepultarlo todo en sus aguas cenagosas. Su Santidad no escaseará trabajos ni esfuerzos al objeto de allanar el camino á los que de buena voluntad quieran recorrerlo.

«Una nación tan ilustrada y tan sabia, dijo Bossuet, no puede permanecer mucho tiempo en tal estado de rebajamiento y decadencia. El profundo respeto que conserva hacia los Padres de la Iglesia, y sus continuas y curiosísimas investigaciones acerca de la antigüedad cristiana, la conducirán como de la mano á la doctrina de los primeros siglos. Se me hace duro creer que persista en ese odio ciego á la Cátedra de San Pedro, á la que debe el inmenso beneficio del Cristianismo.»

«Dios quiera que hayan sido proféticas las palabras de un hombre tan ilustre.

«Recibid, reverendo señor, etc.—M. CARDENAL RAMPOLLA.»

Tierra Santa.—El Rdo. P. Fr. Bernardino Orellana, M. O., escribe desde Jerusalén, el 8 de Septiembre último, al muy reverendo P. Fr. Marcelino de Civezza:

«El día 25 de Agosto por la tarde llegamos con toda felicidad á esta santa ciudad de Jerusalén: el día 26 celebré la Misa en la iglesia de este convento de San Salvador, y luego pasamos al monte Calvario, visitando en él el Santísimo Sepulcro, el lugar de la Crucifixión y el de la enarbolación de la Cruz; el lugar de la Unción, el de la aparición de Jesús resucitado á la Magdalena, y demás sitios notables en este Santo Monte. Por la tarde asistimos á la procesión que después de Vísperas practican diariamente nuestros Hermanos Franciscanos, visitando todos los ya mencionados lugares del Monte de nuestra redención.

«El día 27 tuve la incomparable dicha de celebrar por primera vez la Misa en el Santo Sepulcro; el 28 en el altar de la Dolorosa, puesto en el sitio desde el cual asistió María Santísima á la muerte de su Divino Hijo; el 29 en el de la Crucifixión, y el 30 segunda vez en el Santo Sepulcro. En estos días después de la Misa y por la tarde visitamos la Vía Dolorosa, la Gruta de la Agonía, el Huerto de Getsemaní, las piedras sobre que dormían los Apóstoles la noche de la prisión del Señor, el sitio en que Judas le diera el beso de falsa paz; y pasando al torrente Cedrón, recorrimos toda la vía, llamada de la Captura. En esos mismos días visitamos el Santo Cenáculo en el monte Sión, y fuimos á Betania, donde vimos las ruínas de la casa de Marta y María, hermanas de Lázaro, y pasando por las ruínas de Bétfage, subimos al santificado monte Olivete. Aquí visitamos el lugar desde donde el Divino Salvador subió á los cielos; el lugar donde enseñó á los Apóstoles el *Pater noster*; donde éstos compusieron el *Credo*; el lugar desde donde lloró sobre Jerusalén; y finalmente visitamos el Sepulcro de María Santísima y vimos el valle de Josafat, el cual está á la par del Huerto de Getsemaní.

«En esta piadosa visita, mi estimado Padre, debo confesar que lo que me causó mayor tristeza, fué el ver que en una gran parte de esos sagrados lugares tienen derechos también los griegos cismáticos, como son el Santo Cenáculo, el lugar donde fué enarbolada la Cruz, el de la Ascensión á los cielos, el sacro sepulcro de María Santísima y otros varios.»

Respecto al Santo Sepulcro de nuestro Divino Redentor, en la pág. 406 copiamos una noticia que no resultó cierta, y que no hemos rectificado hasta ahora, que podemos hacerlo de una manera autorizada. Un celoso Padre franciscano, Comisario gene-

ral de Tierra Santa, ha tenido la amabilidad, que vivamente le agradecemos, de escribirnos sobre el asunto, y después de manifestarnos que es inexacto el suelto copiado, añade:

«Lo que se dice en la noticia, de que los gastos que ocasionen estos trabajos se cubrirán con la subscripción iniciada en Londres para éstos, me hace creer que el sepulcro de Cristo á que se hace referencia es el hallado por los protestantes, y que ellos pretenden es el verdadero sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

«Se da como una gran cosa el que la subscripción haya producido cincuenta mil francos; y ¿qué es esto comparado con las ingentes sumas que los católicos han gastado en la conservación de aquel sagrado monumento? En 1719, solamente en la restauración de la hermosa y soberbia cúpula que cubre el templete del Santísimo Sepulcro, se gastaron cuatrocientos mil escudos de oro.»

Siria.—Uno de los establecimientos de instrucción más florecientes en Siria, dice *El Eco Franciscano*, es sin duda alguna el Colegio que, bajo la protección de San Antonio de Padua, fundaron nuestros Religiosos de Tierra Santa, en Alepo en 1859, con el objeto de atender á la educación social y literaria de la juventud de aquella populosa ciudad. No en vano lo han colocado bajo el patrocinio de nuestro Taumaturgo, pues gracias á su poderosa intercesión ha prosperado y sigue prosperando cada día maravillosamente. De miserable casucha que era en un principio, adquirida por los Religiosos con mucha dificultad, se ha convertido en el grandioso edificio que hoy contemplan los viajeros, y que puede contener hasta ochenta alumnos internos, con espaciosas salas para la recreación, actos públicos, estudio, cátedras, enfermería, etc., habitaciones para los Religiosos, y el refectorio capaz para doscientos puestos. Para llegar á este estado hubo de expender la Custodia de Tierra Santa sumas fabulosas procedentes de los bienhechores del mundo entero.

«El personal exclusivo del Colegio, sin contar el del Convento, es el siguiente: un Director, dos Prefectos de estudios; ocho Profesores Religiosos y cinco seglares, y un Procurador con los oficiales necesarios. Durante catorce años (1861-75) desempeñó el cargo de Director del Colegio el Rmo. P. Gaudencio Bonfigli, después custodio de Tierra Santa y actualmente arzobispo titular de Cubassa, delegado apostólico de Siria para los orientales y vicario apostólico de Alepo para los latinos. Es autor de una excelente gramática árabe, y muy devoto de San Antonio, en cuya *Pia Unión* se inscribió apenas fué fundada. Desempeñaron asimismo en dicho Colegio la prefectura ó la enseñanza el actual Patriarca de Jerusalén, Rmo. P. Fr. Luís Piavi, el Delegado Apostólico de Egipto Rmo. P. Fr. Guido Corbelli, y el Rmo. Padre Custodio de Tierra Santa Fr. Aurelio de Buja.

«Las asignaturas que se enseñan en el Colegio son las siguientes: lenguas *obligatorias*, francés, italiano, árabe y turco; *libres*, inglés, griego, latín y las que los alumnos deseen. Literatura, retórica y filosofía elemental. Historia universal, geografía, matemáticas, fisiología, zoología, botánica, geología, mineralogía física, química, cosmografía, caligrafía en las diferentes lenguas, contabilidad y teneduría de libros, geografía comercial, derecho civil y comercial, y pintura.

«Los alumnos están sujetos á un reglamento especial que al mismo tiempo que les obliga á cultivar el entendimiento, los informa el corazón con la práctica de las virtudes cristianas. Entre los externos hay muchos turcos y de otras religiones. La mayoría de los comerciantes esparcidos por el imperio otomano y de los funcionarios públicos han recibido su educación en el Colegio de San Antonio de Alepo, lo mismo que las familias nobles de aquella ciudad.

«A juzgar por la *reseña oficial* publicada en Junio último, podemos afirmar que el Colegio franciscano de Alepo nada tiene que envidiar á los de su índole existentes en Europa.»

CONFERENCIA DE UN EXPLORADOR.—En la Sociedad de Geografía de Londres ha dado una conferencia Mr. Warrington Smyth sobre su exploración del Alto Mekong (Siam).

El Gobierno siamés le había encargado de la investigación de las riquezas que encierran las minas de rubíes y zafiros descubiertas cerca de Xing-Kong y en la orilla izquierda de este río.

Habiendo emprendido su viaje en Enero de 1893, desde Bangkok, llegó hasta Nam.

Llamó mucho la atención del explorador la dulzura de los habitantes de aquellas regiones, su alegría y su hospitalidad.

En las minas de zafiro de Xing-Khong se ocupan para los trabajos de extracción más de 300 trabajadores.

Las minas parecen ser muy ricas. En cinco días fué Mr. Warrington de Xing-Khong á Luang-Prabang por el Mekong, admirándole en extremo la hermosura del paisaje, el que encontró muy superior á todo lo que hasta entonces había visto en Indo-China.

Luang-Prabang carece de murallas, y la población está constituida por un grupo de casas de madera y por grandes monasterios, la mayor parte de éstos casi ruinosos.

Los habitantes son de carácter altivo é independiente. Son grandes consumidores de opio, y pasan la mayor parte del día tumbados, entregándose á su vicio favorito.

El mercado que allí se celebra dura desde las primeras horas de la mañana hasta mucho después de puesto el sol.

El viaje de regreso lo hizo Mr. Smyth por el Mekong, visitando en él á Koray; juzga el explorador de grandísimo interés la terminación del ferrocarril de este punto.

El valle de Nam es de los más fértiles de Siam, cultivándose mucho en él el tabaco, que resulta bastante regular.

VARIEDADES

EL HIMALAYA

En el límite de las posesiones inglesas en la India y el Imperio chino se levanta la inmensa mole del Himalaya.

Extiéndese esta cordillera, cuyo nombre significa «morada de las nieves,» del N. O. al S. E. entre el Indostán y la provincia china del Tibet, el país de las afamadas cabras, con cuyo hermoso pelo tejen los orientales los ricos chales que vienen de Levante, y que compiten con los procedentes de Cachemira y Angora.

Las cimas principales de esta cordillera son: el *Everest* ó *Gaurisannar*, que es la cima más elevada de la cordillera y de toda la tierra; se eleva á unos 8,840 metros.

Es muy natural que los indios, sorprendidos de tanta altura como la que presenta el Himalaya, lo hayan considerado como un dios, y de ahí el estar divinizado en la mitología india.

Sin embargo, los indios han divinizado otros objetos de la naturaleza además del Himalaya. El Ganges es sagrado á los ojos de los indios: innumerables peregrinos llegan á hacer en él sus abluciones, y á tomar agua que transportan á centenares de leguas de distancia. En los tribunales de justicia de la India se presta juramento sobre las aguas del Ganges, como los cristianos sobre el Evangelio y los mahometanos sobre el Corán.

Si el Jordán es también sagrado á nuestros ojos, no le rendimos, sin embargo, nuestro culto como á una divinidad, sino que lo respetamos como «testigo de los misterios de un Dios y contemporáneo de Jesucristo,» aunque no sea más que un pequeño río, que corre silenciosamente por las tristes llanuras de la Galilea, entre el mar de Tiberiades y el mar Muerto, naciendo en el primero y muriendo en las inmortales aguas del segundo.

En las inmediaciones del Himalaya, por el lado de la China, están las poblaciones más altas de la tierra, que

no son más que reuniones de habitantes al rededor de algún templo ó convento. En las inmediaciones de Lhasa, capital del Tibet, se halla el palacio donde reside el *Dalai-lama*, que es el pontífice soberano de la religión buddista.

El Himalaya viene á ser un muro también contra las pretensiones de la Rusia; pues esta nación en su carácter absorbente, no está lejano el día en que se acabe de apoderar del Turquestán chino; y entonces esta gigante cordillera vendrá un día en que sea el límite que establezca la naturaleza entre las posesiones inglesas en la India y los vastos y dilatados dominios del Czar.

NECROLOGIA

RDO. P. FR. VICENTE RIBES, MISIONERO FRANCISCANO.

El 13 de Agosto, recibidos fervorosamente los Santos Sacramentos, pasó á mejor vida en Tetuán el Rdo. P. Fr. Vicente Ribes, que había nacido en Rafelcofer (Valencia) el 3 de Enero de 1834, y vestido el santo hábito franciscano en Priego el 1.º de Noviembre de 1857. Terminados los estudios se ordenó de sacerdote en 1861, siendo destinado al poco tiempo á las Misiones de Tierra Santa, en donde permaneció hasta 1868, prestando grandes servicios á la Orden y á la Iglesia, cuyos derechos, lo mismo que los de España, defendió con valor y energía. Dedicóse con aplicación al estudio del griego é italiano, lenguas que llegó á poseer con perfección, predicando muchas veces y confesando en ambos idiomas. Su ilustración, prudencia y virtud le captaron el aprecio de cuantos le trataban, y le merecieron ser nombrado Superior de los conventos de San Juan *in Montana* y del Santísimo Sepulcro, cargos que desempeñó tan á satisfacción de la Orden, que el turno en que correspondía á los franceses nombrar Presidente del Santísimo Sepulcro, lo eligieron á él.

Terminada su misión en Tierra Santa, y deseando continuar sus tareas apostólicas, se agregó á la Misión de Marruecos en 1868, siendo nombrado aquel mismo año Presidente de Casablanca, y desempeñando igual cargo sucesivamente en Mazagán (dos veces), Tánger, Casablanca (tres veces) y Tetuán, en donde le cogió la última enfermedad, á cuyos dolores y molestias añadía el fervoroso Religioso otras voluntarias mortificaciones, como si estuviese sano. También desempeñó los cargos de Viceprefecto y de Visitador de las residencias de la Costa. En todos los puntos en donde residía desplegaba un celo incansable por la salvación de las almas y por el alivio de las miserias corporales, predicando con frecuencia la divina palabra, administrando los Santos Sacramentos, dando prudentes consejos, distribuyendo á los pobres numerosas limosnas, visitando á los enfermos, siendo muchas veces causa de su salud por los cuidados que les dispensaba. Prestaba estos servicios de caridad lo mismo á los moros que á los católicos, á los judíos que á los protestantes; lo que le daba ocasión de salvar muchas almas, pues cuando veía algún niño infiel, protestante ó judío, en peligro de muerte, le administraba el santo Bautismo y lo enviaba al cielo. No es de extrañar que en todas partes fuese el P. Ribes amado por toda clase de personas de cualquier religión que fuesen.

En 1889 se vió precisado á interrumpir las tareas apostólicas, porque la obediencia le obligó á aceptar el cargo de Rector del Colegio de Chipiona, cuya Comunidad gobernó loablemente hasta el año de 1892, en que de nuevo volvió á Marruecos.

Su muerte causó luto general en Tetuán y en todas las ciudades marroquíes en que había morado por algún tiempo. A su entierro asistieron todos los católicos, los Cónsules de todas las naciones que tienen representantes en Tetuán, muchos judíos y moros, y, lo que nunca se había visto, el mismo Bajá interino con ocho soldados marroquíes.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona